BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

LOU CARRIGAN

PIEDRAS SOBRE EL TEJADO



COLECCION

LA HUELLA

LOU CARRIGAN

PIEDRAS SOBRE EL TEJADO

Colección LA HUELLA n.° 132
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 11.889 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición en esta Colección: mayo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela,
así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de
la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será simpa coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Valles (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cigarrillos, señor?

Sidney Gannon apartó la mirada del periódico para dirigirla a la azafata que, de pie en el pasillo del *jet* que estaba efectuando el vuelo San Francisco-Honolulú, le miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, casi como asustada.

—No, gracias.

—¿Chicle, quizá?

—No, no.

—¿Desea beber algo? —comenzó a sofocarse la azafata.

—En este momento, no.

—¿Quiere una revista o un periódico?

Gannon apretó su bocaza y frunció el ceño. Contemplar este cambio de expresión en una cara como la suya no resultaba en modo alguno tranquilizador, desde luego.

—Me conformaría con poder leer en paz el que tengo en las manos, señorita —dijo muy despacio, con tono sospechosamente amable.

La azafata se sofocó definitivamente.

—Sí, señor… —musitó—. Perdone.

—Está perdonada… por esta vez. Y le diré una cosa… Mejor dicho, varias: no quiero cigarrillos, ni café, ni chicle, ni revistas o periódicos, ni información sobre el vuelo, ni tapones para los oídos, ni grageas contra el mareo… No quiero nada.

—Sí, señor —tragó saliva la muchacha—. Sí, señor, sí.

—Pero le quedo infinitamente agradecido por las numerosísimas atenciones que ha tenido la gentileza de dispensarme durante el vuelo. Gracias, gracias, mil millones de gracias.

Sonrió cómo podría sonreír quien tuviese en el estómago un volcán en plena erupción, y se dedicó de nuevo a la lectura del periódico. La azafata se quedó allí, como clavada al piso, todavía

sofocada. Era una auténtica preciosidad, con los ojos de color lila y los cabellos rubios como los rayos del sol. De donde podía deducirse que Sidney Gannon, o bien era miope, o tenía algo especial contra las mujeres, pues de otro modo no habría desdeñado la posibilidad de ampliar un poco la conversación.

—Oye, Eileen —llegó otra azafata junto a la primera—: ¿sigues viviendo en aquel apartamento del 1400 de Maunaloa?

—¡No vivo en ningún sitio! —exclamó Eileen.

Y siguió por el pasillo hacía proa, ofreciendo cigarrillos, chicle y periódicos a los demás pasajeros. Su compañera regresó al departamento de servicios y, poco después, cuando Eileen hizo lo mismo, la abordó visiblemente irritada:

—Oye, encanto, ¿qué te pasa? Fuiste tú quien me pidió ese favor, ¿no es cierto? A mí no me gusta hacer teatro, y ya que acepto un acto en beneficio de una amiga…

—Lo siento; perdóname, Sally. Te agradezco lo que has hecho, de veras.

—No te entiendo… Primero me dices que me acerque cuando estés con ese sujeto y mencione lo de tu dirección, y cuando lo hago, te disgustas conmigo. ¿No lo he hecho bien? ¡Encanto, mucho ha de gustarte para que nada menos que tú hagas semejante papel…!

—Sí, sí, sí… Perdona, lo siento.

—No me digas que te gusta ese hombre, querida.

—Es un… un… ¡estúpido!

—Es increíble… —rió Sally—. ¿De verdad te gusta? ¡Pero si tú siempre has sido de las que has querido respetar todas las normas de la compañía respecto a… intimar con los pasajeros! ¡Siempre has dicho que…!

—Yo no estoy intimando con nadie durante el vuelo —protestó Eileen.

—Oh… Ah, ya… Y por eso querías que él supiera tu dirección, por si picaba… ¡Encanto, mucho ha de gustarte para que, nada menos que tú, hagas semejante cosa! Y no lo comprendo…

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Que te guste ese sujeto. Oh, ya sé que es alto, fuerte, muy deportivo… Pero tiene cara de gángster.

—¡De gángster…! —protestó Eileen—. ¡No digas tonterías!

—Bueno, es lo que me parece a mí, y cada cual tenemos derecho a exponer nuestra opinión, ¿no? Yo digo que tiene cara de gángster. Y no me parece nada simpático. ¡Vamos, vamos, Eileen…!

—¿Te importaría dejarme en paz? —refunfuñó Eileen.

—Sí, hija, sí… —volvió a reír—. ¡Naturalmente! Bueno, vamos a prepararnos: aterrizaremos dentro de veinte o treinta minutos.

Los pasajeros comenzaron a salir del avión, contemplando sonrientes y felicísimos las instalaciones y cercanos jardines del Honolulú International Airport. La temperatura era sencillamente formidable, el día radiante, el aire parecía ir a llenarse de un momento a otro de olor a flores de hibisco… ¡Nada menos que las islas Hawai!

En la plataforma de salida, el personal femenino sonreía amablemente, despidiendo a los pasajeros, todos ellos encantados, sin duda alguna. Es decir, casi todos, porque Sidney Gannon apareció con aquella cara adusta, visiblemente hosco el gesto.

—TWA le desea feliz estancia en las Hawai, señor Gannon.

El señor Gannon miró a la azafata Sally, que sonreía un tanto irónicamente, mientras que a su lado, Eileen, de nuevo un poco sofocada, intentaba sonreír.

—Agradezco de todo corazón los óptimos deseos de TWA, señorita. Y la grandísima amabilidad de ustedes. Ah, por cierto, si alguien preguntase por mi domicilio, las autorizo a informarle: Sidney Gannon, Penal de Alcatraz, Celda 3113. Buenos días.

Dejando petrificadas a las dos azafatas, Gannon se alejó del avión, con las manos en los bolsillos. No llevaba nada. Absolutamente nada. Ni portafolios, ni equipaje… Nada.

Así que fue el primero en salir tranquilamente al vestíbulo del aeropuerto, todavía sonriendo entre dientes. Se dirigió a un bar, pidió un refresco de piña, y encendió un cigarrillo. Luego, miró su reloj, y se volvió, lanzando un agudo vistazo alrededor. Un vistazo terrible con sus ojos grises, duros y fríos. Pareció decepcionado, y dedicó toda su atención al refresco y al cigarrillo. Casi veinte minutos más tarde, sonrió secamente, mirando el espejo, y se volvió hacia Sally y Eileen que, junto con otra azafata, cruzaban el vestíbulo hacia la salida, ya terminado su servicio.

—¡Hey! —Alzó su copa—. *Aloha*, ninfas del cielo.

Sally y la otra azafata soltaron una risita, pero Eileen se sofocó

una vez más, y desvió la mirada rápidamente. Míster Sidney Gannon frunció el ceño, acabó su jugo de piña, que era el segundo, y volvió a mirar su reloj. Frunció el ceño, quedó pensativo unos segundos, y acabó por encoger los hombros. Pagó y se dirigió hacia la salida.

Ya fuera, chascó dos dedos en dirección a un taxi, que se acercó inmediatamente, se metió dentro y dijo:

—Doce, Polohiwa Place.

—Sí, señor.

—Doce, Polohiwa Place, señor.

—Okay —Gannon dirigió una mirada al taxímetro, sacó un rollo de billetes y tendió dos al conductor—. Lo que sobra para un *luau*, amigo.

—No habrá para tanto… —rió el hombre—. Pero es una buena propina. Gracias, señor. ¿Quiere que le espere?

—No, no, gracias. Ahí vive un amigo, y tiene coche. *Aloha*.

—*Aloha*.

El taxi se alejó y Sidney Gannon, de nuevo con las manos en los bolsillos, se quedó mirando el pequeño *bungalow* en cuya fachada se veía el número doce. Delante tenía un pequeño jardín, bastante descuidado por cierto, en el que destacaban algunos cocoteros altísimos. Las ventanas de la casa estaban cerradas, cosa que podía sorprender un poco, teniendo en cuenta el magnífico clima tropical. No se veía a nadie por allí cerca; sólo unos pocos coches estacionados, diseminados.

Gannon sacó un cigarrillo y con un gesto chulesco se lo tiró a la boca, haciéndolo saltar desde la palma de la mano derecha a la altura de la cintura. Lo encendió, mirando a todos lados, y entró en el pequeño jardín.

Subió al estrecho porche, localizó el timbre y lo presionó con la punta del meñique, con gesto impertinente.

Segundos después, volvió a presionar el timbre. Un minuto más tarde, descendió del porche, se alejó unos pasos y se quedó mirando el *bungalow* atentamente, entornados los ojos, ladeada la cabeza. Luego, fue hacia un lado de la cabaña, probó la primera ventana, la segunda Rodeó el pequeño edificio por detrás y probó las otras dos ventanas.

Fruncido el ceño, comenzó a alejarse, tras vacilar unos segundos.

Había recorrido apenas seis o siete yardas cuando se detuvo, se volvió hacia la cabaña, volvió a vacilar… Su ceño continuaba fruncido cuando comenzó a mirar nuevamente a su alrededor.

Tranquilidad absoluta.

Regresó ante una de las ventanas, sacó de un bolsillo un limpiauñas, y desplazó el limpiador. Nueva mirada alrededor… Luego, introdujo adecuadamente el limpiauñas entre el marco y la ventana, apretó suavemente, suavemente… Clic. Sosteniendo el limpiauñas con una mano, alzó la ventana con la otra. Nueva mirada alrededor… y, un segundo después, el atlético mister Gannon estaba dentro del *bungalow*, en un pequeño dormitorio. Salió de éste al estrecho y corto pasillo, giró a la derecha y desembocó en el *living*.

Fue directo a una de las persianas y la abrió suficiente para poder tener una perfecta visibilidad allí dentro. Se colocó en el centro del *living*, una vez más las manos en los bolsillos, y fue girando, mirando a todos lados, sonriendo secamente. Movió la cabeza con gesto negativo, buscó la cocina, abrió el frigorífico y sacó una lata de rodajas de piña. La abrió, se las comió todas, se lavó las manos y volvió al *living*, consultando su reloj. Sonrió de nuevo, encendió un cigarrillo y se fue hacia la puerta. Hizo girar el pomo del pestillo automático, la abrió… y se quedó mirando a los dos hombres que, en el umbral, sin duda alguna, le habían estado esperando.

Uno de ellos, tenso el gesto, adelantó la mano derecha, mostrando en ella el estuche de piel en el cual destacaba una placa brillante.

—FBI —mascculló—. Pase adentro. Tendrá que explicarnos…

¡*Crack*!, crujió la mandíbula del hombre del FBI, cuando Sid Gannon incrustó allá su enorme puño. Con velocidad alucinante… El
g-man
salió despedido hacia atrás, volando por encima de la barandilla del porche. El otro, respingando, se dispuso a golpear a su vez a Sidney Gannon, lanzando un derechazo terrorífico, que acertó a Gannon en el pómulo derecho, empujándolo contra el marco de la puerta cuando se disponía a adelantar para echar a correr.

Pero, mientras que el puñetazo de Gannon parecía haber sido

decisivo para el agente del FBI golpeado en primer lugar, el formidable trastazo aplicado por el otro
g-man
no fue, ni mucho menos, suficiente para Gannon que, con el rebote, fue a parar contra el federal, que se disponía, evidentemente, a sacar su pistola para evitar un altercado espectacular…

Gannon llegó a tiempo de sujetarle la mano derecha contra el pecho, impidiéndole sacarla con la pistola; al mismo tiempo, le hundía la zurda en el vientre al
g-man,
que lanzó un resoplido y palideció, doblándose sobre sí mismo… para recibir en pleno rostro el rodillazo de Gannon, que lo alzó del suelo, tirándolo, como al otro, contra la barandilla. Pero este
g-man
tuvo la mala suerte de no caer al otro lado, de rebotar de nuevo hacia el recién llegado a Honolulú, que lo recibió con un directo en el pecho que dejó sin resuello al agente del FBI, lívido y petrificado. Un cruzado de izquierda en el mentón terminó el asunto, derribando al
g-man
en el porche, primero de lado y quedando finalmente de bruces.

Sid Gannon saltó la barandilla sin tocarla y cayó junto al otro agente del FBI, que estaba a gatas, sacudiendo la cabeza. Debió ver los pies junto a él, porque respingó, se movió velozmente llevando la mano al sobaco…

Mala suerte…

El puntapié, dado por Gannon, le acertó bajo la barbilla, lo alzó un poco, con los ojos en blanco y… cuando cayó de nuevo de bruces, ya no se movió.

Quien sí se estaba moviendo era Sidney Gannon. Y de qué manera… Había cruzado el jardín en tres zancadas, había saltado la deteriorada, vallita de madera y corría a velocidad olímpica Polohiwa abajo, hacia Dow, bajando por ésta hacia Kaimuohema Place, al llegar a la cual, y tras haber mirado repetidamente hacia atrás, se tranquilizó, convencido de que los dos agentes del FBI habían quedado fuera de combate. Detuvo entonces su velocísima carrera, dejando de llamar la atención, y, a partir de la esquina con Klebahn, se limitó a caminar, ordenando sus largos cabellos rubios.

Varias veces volvió a mirar hacia atrás, pero cada vez más tranquilo. Como un tranquilo paseante, llegó a Niolopa Place y por allí cruzó la carretera Estatal 61, apareciendo en Luakini… Dos minutos más tarde, en Halapia, detenía un taxi con un gesto y se metía dentro del vehículo.

—Mmm… Ala Moana Park —dijo.

—Sí, señor.

Veinte minutos más tarde, el taxi lo dejaba en el Parque Ala Moana, es decir, entre éste y el Shopping Center. Subió por Piikoi hasta Kapiolani Boulevard a pie y allá tomó otro taxi.

—Honolulú Zoo —ordenó.

Otros diez minutos más tarde, el taxi lo dejaba ante la entrada al zoológico. Pero, en cuanto el taxi se hubo alejado, Sidney Gannon lo hizo también, dejando atrás el zoo, para tomar otro taxi en Kuanaoa.

—¿Conoce algún lugar donde pueda alojarme? —preguntó al taxista.

El taxista, también nativo, se volvió a mirarlo especulativamente.

—¿No tiene equipaje? —preguntó.

—No.

—Conozco un buen lugar. No está lejos de aquí y su precio es razonable. Pero tendrá que pagar una semana por adelantado. Ya sé que…

—Eso no es problema —asintió Gannon—. Lléveme allí.

—De acuerdo.

CAPÍTULO II

Después de dormir una larga siesta, Sid Gannon decidió ducharse, para lo cual recurrió exclusivamente al agua fría. A cada movimiento, en sus brazos, piernas, tórax y cuello…, en fin, en la más pequeña parte de su cuerpo, un montón de músculos impresionantes se hinchaba y deshinchaba poderosamente.

Era un hombre fortísimo.

Sin embargo, cuando se estaba secando vigorosamente, masculló por lo bajo al pasar la toalla por el pómulo golpeado. Se miró al espejo y frunció el ceño: se había hinchado un poco y tenía un cierto color violáceo.

—Al demonio —sonrió.

Se vistió, encendió un cigarrillo y abandonó el cuarto que había ocupado en la modesta pensión. Poco después aparecía en la calle con las manos en los bolsillos, el cigarrillo en los labios y un gesto fanfarrón en el rostro.

No dio la menor importancia al coche que le rebasó, muy cerca de la acera, para detenerse unas yardas más allá. Tampoco se la dio al hombre que se apeó del coche… hasta que, al llegar a su altura, el hombre, con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, dijo:

—Eh, tú.

Gannon le miró sorprendido. Luego miró a ambos lados y tras él.

—¿Es a mí? —farfulló ásperamente.

—Sí, a ti. Entra en el coche.

Sidney Gannon parpadeó. Su mirada fue hacia el bolsillo en el cual había metido la mano el hombre. Luego, miró a éste a los ojos hoscamente. Y sin más, entró en el coche, en la parte de atrás sentándose junto a la chinita.

Una encantadora chinita. Muy joven, preciosa, de grandes ojos, tez de porcelana, boquita deliciosa… y que tenía en la mano derecha una pistola con silenciador. Apuntándole a él,

naturalmente.

El hombre que le había interpelado se sentó delante, junto al conductor, y dijo:

—Vámonos.

Luego, se volvió, sacando la pistola y apuntando también a Sidney Gannon.

—¿Cómo te llamas? —Gruñó.

—Kirk Douglas —replicó Sidney—… ¿y tú, cara de sapo?

El «cara de sapo» enrojeció furiosamente, pero el que iba al volante soltó una risita:

—¡Oye, Warden, te ha descrito muy bien…! —exclamó.

La chinita también había reído, muy quedamente, muy dulcemente.

—Él se llama Warden —explicó con voz angelical—, el que conduce se llama Hange, y yo soy Mai Li. Usted, desde luego, no es Kirk Douglas, pero se le parece un poco… y tiene un físico tan notable como el del señor Douglas. ¿Su nombre, señor?

—Yo no hablo con desconocidos, Flor de Almendro —masculló Sidney.

—Pero ya no somos desconocidos —objetó amablemente ella—: nos hemos presentado. Y desde luego le aseguro que no somos del FBI.

Gannon la miró con fijeza, especulativamente.

—¿Por qué tendrían que ser del FBI? —susurró.

—Porque ellos deben estar buscándole ahora con todos sus efectivos disponibles por todo Honolulú, después de lo que pasó en el *bungalow* de Terry Murdoc.

—¿Qué pasó en ese sitio?

—Les… rompió usted la cara a dos federales. Luego, escapó tan de prisa que si no hubiésemos tenido un coche, no habríamos podido seguirle. Pero como teníamos coche, pudimos hacerlo bastante bien, sin desconcertarnos por el hecho de que usted tomara tres taxis. Desde que llegó a esa pensión, hemos estado esperando que saliera.

—¿Ustedes estaban cerca de la choza de Terry?

—Oh, no… Sabemos dónde está.

—Empezamos a entendemos. Si son ustedes amigos de Terry, todo irá bien. ¿Dónde está él?

—En la Morgue.

Un destello duro pasó por los ojos de Gannon.

—¿Le han dado un empleo allí? —susurró.

—Sí: de cadáver.

El hombre que decía ocupar la celda 3113 en el Penal de Alcatraz entornó los ojos y se pasó la lengua por los labios lentamente. Luego, durante unos segundos, estuvo mirando fuera del coche, absorto, como ausente.

Volvió a mirar a la chinita.

—¿Lo mataron los del FBI?

—No lo sabemos seguro, pero suponemos que sí. Hubo una especie de pequeña refriega con un agente del FBI y Terry Murdoc lo mató. Luego…

—¿Terry mató a un federal? —exclamó Gannon.

—Cometió esa estupidez. Aunque, al parecer, no tenía otro remedio si quería escapar. Parece que escapó del FBI, pero, pocas horas después, su cadáver aparecía en las aguas del Ala Wai Canal… Tenía tres balazos en la espalda.

—Se explica lo de la Morgue. ¿Qué pasó?

—¿Usted no lo sabe?

—¿Yo? —Quedó atónito Gannon—. Oiga, nena, yo he llegado este mediodía a Honolulú, así que no sé nada de nada. Sólo que fui a ver a Terry, él no estaba, y…

—Conocemos esa parte. ¿Por qué fue a ver a Terry? ¿De qué se conocen ustedes? ¿Quién le dio la dirección de él?

—Oiga, ¿y por qué no me examina también de astronomía? Le daría las mismas respuestas: váyase al demonio.

—Será mejor para usted que conteste a las preguntas de Mai Li —sugirió Warden, moviendo la pistola.

—El cara de sapo se está volviendo educado —sonrió fanfarronamente Gannon—. Pero a mí me importa eso un pito. Así que si no me hablan claro, adiós. Hey, auriga: meta el pie en el freno.

Hange volvió a reír agudamente y Mai Li sonrió.

—Señor… Kirk Douglas, usted no está interpretando adecuadamente su situación: somos nosotros quienes mandamos. Y si usted no obedece, le haremos un favor.

—¿Qué favor?

—Ya que está buscando a Terry Murdoc, lo enviaremos con él.

—Entendida la indirecta. Está bien, maldita sea mi estampa, ¿qué es lo que quieren exactamente?

—Díganos en primer lugar su nombre.

—Sidney Gannon.

—¿Por qué ha venido a Honolulú?

—Terry me llamó.

—¿De veras? ¿Cómo?

Gannon alzó una mano, dispuesta a meterla bajo la chaqueta, pero captó el gesto de alarma de Warden y sonrió sarcásticamente.

—Tranquilo, nene —dijo—: yo nunca llevo armas. Sólo iba a demostrar que Terry me llamó. ¿Puedo?

—Con gran cuidado, sí, señor Gannon —autorizó Mai Li—. No sé usted, pero nosotros no estamos bromeando.

El asintió, sacó una mugrienta billetera, y de ella un telegrama varias veces doblado, que tendió a Mai Li. Ésta lo tomó, pero, todavía sin leerlo, le hizo una seña a Warden, que se apoderó de la billetera de Gannon.

Le echó un vistazo y luego miró con sonriente sorpresa a Sidney.

—Ahora me lo explico… Aquí dice que su profesión es… deportista. ¿Qué clase de deporte? ¿Boxeo?

—Lucha libre americana —rezongó Gannon mohíno—… Pero también sé dar unos cuantos golpes.

—Estamos seguros de eso. ¿Qué dice el telegrama, Mai Li?

La chinita lo desdobló, y fijó en él sus grandes ojos negrísimos.

Decía:

«Ven inmediatamente. *Stop*. Todos gastos pagados. *Stop*. Trae libreta. *Stop*.

»Terry».

Mai Li alzó lentamente la mirada.

—¿La ha traído? —musitó.

—¿El qué?

—La libreta.

—Es posible.

—Señor Gannon, con esto de la libreta hemos llegado a dónde nosotros queríamos. Voy a explicarle la situación: Terry Murdoc, al

parecer, se dedicaba a ir anotando en esa libreta cosas que comprometen a algunas personas. Es una auténtica imbecilidad, pero parece que no podemos dudar de que lo hacía… ¿Entiendo que le envió a usted la libreta?

—Me envió una libreta hace unas semanas, sí.

—¿Sabe por qué estábamos nosotros vigilando el *bungalow* de Terry?

—Supongo que por algo relacionado con la libreta, ¿no?

—Exactamente. Nos enteramos de que el FBI tiene noticias de la existencia de esa libreta y que la está buscando. Ellos insisten en vigilar el *bungalow* de Terry, ignoro por qué, pero por lo que pueda ser, nosotros vigilamos a los del FBI. Es muy posible que estén convencidos de que esa libreta está en el *bungalow* y si así es, y ellos finalmente la encuentran, nosotros queremos… quitársela.

—No es fácil quitarles nada a esa gente —dijo Sidney.

—Estamos dispuestos a todo. «A todo», Terry llevaba bastante tiempo con nosotros y sabía tantas cosas de toda la organización que si esa libreta cae en manos del FBI, estaremos perdidos… Ya ve que soy sincera con usted, señor Gannon.

—Es muy de agradecer. Y ahora, ustedes quieren esa libreta que Terry me envió a San Francisco.

—Así es. Si usted nos la entrega, nosotros nos quedaremos tranquilos, olvidaremos al FBI, y aquí no ha pasado nada…

—¿Que no ha pasado nada? —Gruñó Gannon—. Bueno, yo les he roto la cara a dos de esos tipos, ¿no? Y si me están buscando, creo que las cosas no están nada bien para mí. Y todo por esa maldita libreta de unos espías idiotas…

—¿Espías? —Respingó Mai Li.

—¿No? —La miró expectante Gannon.

—Pues…, no. Terry no se dedicaba al espionaje, ni mucho menos, señor Gannon.

—Ah… ¡Ya me extrañaba a mí! Él y yo hemos hecho algunas pequeñas porquerías de cuando en cuando para embolsarnos unos «pavos», pero, francamente, eso del espionaje no me gustaba nada.

—¿Y de dónde saca usted que Terry se dedicaba al espionaje?

—De la libreta. Es chino para mi… y usted perdone —sonrió divertido—… Quiero decir que no entiendo nada de lo que hay escrito en ella. Todo son signos, números, palabras que no

significan nada… Me he pasado días y días rompiéndome la cabeza intentando entender algo, pero ni hablar. Por eso pensaba que el asunto era de espionaje. ¡Ya me extrañaba! Oiga: supongo que Terry seguía trabajando en sus pequeñas porquerías, ¿no?

—¿Qué… porquerías?

—Bueno… Vaya, nena, usted me entiende…

—Es posible, pero me gustaría que hablase más claro, señor Gannon.

—Me refiero a… pequeños contrabandos. Usted sabe.

—¿Drogas?

—Bueno… —farfulló Gannon—. No sería la primera vez que Terry se dedicaba a esos asuntos.

—¿Y usted?

Sidney Gannon abrió la boca. Pero la cerró bruscamente y quedó silencioso, huraño. Warden soltó una risita.

—Vaya… Parece que tenemos aquí a un colega, Mai Li.

—Eso parece —sonrió la chinita—. Bien, señor Gannon, creo que estamos entre amigos… o algo parecido. Ahora podemos hacer los gastos pagados… De acuerdo: nosotros nos hacemos cargo de esos gastos. Puedo darle cinco mil dólares, y con ese dinero, no dudo que usted regresará inmediatamente a San Francisco… después de entregarme la libreta.

—¿Regresar? Oiga, usted no entiende, pequeña… ¿Cree que si me acerco a un avión o a un barco no me van a localizar los del FBI? Seguro que lo están vigilando todo, así que… unos cuantos dólares no resuelven ahora mi auténtico problema. Lo que yo necesito además de dinero es una avioneta, o una lancha, o un helicóptero… Algo con lo que poder largarme a otra de las Hawai, para tomar el avión desde allí.

—Es razonable lo que dice —asintió Mai Li—. Nos ocuparemos de ello. Mientras tanto, ¿quiere entregarme la libreta?

—Escuche, muñeca: ¿cree que está tratando con un idiota? En primer lugar, no tengo encima esa libreta. Y en segundo lugar, se me está ocurriendo que vale bastante más de cinco mil dólares… Yo no he sacado nada en claro de ella, pero estoy seguro que los del FBI la descifrarían con la misma facilidad con que mi tío resuelve un crucigrama.

—¿Está intentando chantajearme, señor Gannon? —rió Mai Li.

—Bueno… ¡Qué demonios, yo sólo digo que cinco mil dólares me parece una miseria!

—Es un tío listo, ¿verdad? —comentó Hange.

—¿Dónde tiene la libreta? —murmuró Mai Li.

—Quiero veinticinco mil dólares, una lancha y una pistola. O eso, o nada.

—¿Nada? —sonrió Warden—. Usted no entiende, amiguito: podemos matarlo.

—Y dentro de unos días estarán acabados.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque si dentro de una semana yo no he recogido la libreta donde tengo que recogerla, volverá a mi domicilio de San Francisco, y allá la recogería más pronto o más tarde un amigo que, a lo peor, es más listo que yo. Él sabe que Terry me llamó, que he venido aquí por un gran negocio…

—¿Un gran negocio?

—Eso me dijo Terry en la carta que acompañaba la libreta. Y, mi querida Flor de Almendro, Sidney Gannon no deja escapar tan fácilmente un gran negocio. De donde se desprende que, o tomo parte en él con ganancias muy lindas, o quiero al contado veinticinco mil dólares, que, como negocio, tampoco estaría mal.

—Pero que muy listo —susurró ahora Warden.

Mai Li lo miraba con expresión fría.

—Veinticinco mil dólares, señor Gannon, es una importante cantidad. Y, al mismo tiempo, sucede que nosotros no desdeñamos la colaboración de hombres como usted. Sin embargo, ¿cómo podemos estar seguros de que no intentaría luego, en cualquier momento, vendernos? Su amigo Terry lo estaba intentando.

—Me sorprende mucho eso en Terry —recapacitó Gannon—… Me sorprende muchísimo, así que considero que hubo un error. Algo no encaja en este asunto con la manera de hacer las cosas de Terry.

—¿Quiere decir que él no estaba dispuesto a traicionarnos?

—Yo no digo nada —gruñó Gannon—. Sólo que me sorprende que él quisiera hacer eso. Mire, nena, los tipos como Terry y yo podemos ser unos sinvergüenzas, pero no entre nosotros.

—Sin embargo, el FBI está buscando también esa libreta. ¿Quién sino Terry pudo hablarles de ella?

—No lo sé. Pero insisto en que me extraña que él fuese a traicionar a un grupo con el que estaba trabajando. Me extraña «mucho».

—Está bien, no vamos a discutir más ese punto. Hagamos un trato definitivo, señor Gannon: usted va con Hange y Warden a buscar esa libreta, yo voy a por el dinero, y hacemos el negocio. Ahora bien, voy a proponerle a usted para que sea admitido en nuestro grupo, en lugar de pagarle esa cantidad. No sé si lo conseguiré, pero me gustaría saber si usted aceptaría.

—Si me pagan bien, sí.

—De acuerdo. ¿Dónde tiene la libreta?

—En lista de correos. Me la envié a mí mismo.

—Listísimo —rió Hange.

—No dude eso, muchacho —sonrió Gannon.

—Para, Hange —dijo Mai Li—. Id con él y cuando tengáis la libreta esperadme en donde sabéis. Yo iré a consultar la admisión de Gannon… o a traer el dinero.

—Okay, Mai Li.

Hange paró junto a un bordillo y se apeó. Lo mismo hicieron Warden y Gannon, reuniéndose en la acera. Mai Li pasó al volante y se alejó sin más comentarios.

—Muy bien, tío listo —sonrió Warden—: Vamos a por esa libreta. Y te diré una cosa: vale más estar con nosotros que pasarte de listo.

—Tú también eres un tío listo —sonrió Gannon.

Tomaron un taxi y Gannon ordenó al conductor:

—A la Central de Correos.

CAPÍTULO III

No lo perdieron de vista ni un instante, ocupando cada uno un lugar estratégico en el gran vestíbulo. Pero, al parecer, Sidney Gannon estaba jugando limpio. Esperó su turno ante la ventanilla, le vieron recoger un sobre, firmar tras presentar su documentación, y luego volverse, buscándolos con la mirada. Warden le hizo una seña, y Gannon se dirigió hacia él, convergiendo con Hange. Ya reunidos los tres, salieron de la U. S. *Mail* y tomaron otro taxi.

—Paiko Drive —dijo Warden.

Luego, ya en camino, se volvió hacia Gannon y tendió significativamente la mano, en la cual depositó Sidney el sobre. Warden lo abrió, y, efectivamente, sacó una libreta de tapas verdes y cantos dorados, pequeña era, en realidad, una agenda de bolsillo del año anterior, del mil novecientos setenta y uno. Todo estaba lleno de signos, números y letras que no parecían tener el menor significado, de modo que Warden, perplejo, la tendió a Hange, que, tras breve examen, quedó tan perplejo como él.

—No está en chino —susurró—, pero desde luego yo no entiendo nada.

—Lo importante es que la tenemos.

—Desde luego. —Hange suspiró aliviado—… Demonios, no las he pasado peores en mi vida. Porque puedes estar seguro de que, aunque nosotros no entendamos nada, los federales sí lo habrían conseguido. ¡Ese maldito Murdoc que el infierno se trague…!

—¿Y por qué no te traga a ti? —Gruñó Gannon.

—Mira, tío listo…

—Sin discusiones —susurró Warden, señalando con la barbilla al chófer—… Vamos allá a esperar y eso es todo.

Veinte minutos más tarde, por indicación de Warden, el taxi los dejaba en el cruce de Kalanianaole con Paiko Drive. Mientras Warden pagaba, Gannon miraba hacia la playa, que estaba a pocos

pasos. Paiko Drive se introducía en la pequeña península del mismo nombre, en la cual se veían algunas luces. Muy pocas. Más allá, la espuma de los miles de pequeñas olas brillaban en Maunalua Bay, especialmente en la parte de los arrecifes…

—Vamos —dijo Warden.

Caminaron hasta el extremo de Paiko Drive. Algo más allá se distinguía en la noche estrellada la forma de una cabaña, y Hange la señaló.

—Formidable —se maravilló Gannon—… ¿Vosotros vivís aquí?

—Es sólo un lugar para pequeñas emergencias —explicó Hange —. Como, por ejemplo, traer unas chicas a contemplar la luna de los Mares del Sur.

Él y Warden se echaron a reír y Gannon los imitó.

—Bueno, la próxima vez tendrán que ser tres chicas, ¿no?

—Todavía no has sido aceptado, Gannon.

—Tonterías… Soy un buen elemento, te lo aseguro. Y además, yo sigo diciendo que Terry no era de los que traicionan a sus amigos. He estado pensando en el taxi…

—¿De modo que hasta sabes pensar, tío listo?

—De cuando en cuando.

—¿Y qué has estado pensando?

—Pues que el gran negocio del que Terry me hablaba en su carta podía ser precisamente el vuestro. O sea, que él quería meterme en el asunto…

—¿Y la libreta?

—No sé —musitó Gannon—… Eso es lo que no entiendo. Pero sigo dispuesto a partirme la cara con quien diga que Terry estaba pensando en traicionar a su grupo. Le conozco…, le conocía bien.

—Bueno, ya veremos eso.

Hange abrió la puerta de la cabaña, entró y encendió la luz. Warden entró el último y cerró. Gannon miró su reloj.

—¿Cuánto tardará la chinita? —preguntó.

—Acostúmbrate a llamarla Mai Li —dijo Hange—. Y no tengas prisa: lo importante requiere tiempo.

—Okay. ¿Tenemos algo para beber?

—Seguro.

Hange sacó una botella y unos vasos de un aparador, y sirvió *whisky* para los tres. Luego, se sentó en un sillón y volvió a

examinar la libreta. Inútilmente, por supuesto. Acabó por encoger los hombros, se guardó la libreta en un bolsillo interior y miró a Sidney Gannon que, sentado en el sofá, bebía y fumaba pensativo. Warden estaba sentado en el otro sillón y no lo perdía de vista, a pesar de que sabían ya con certeza que no llevaba ninguna clase de armas.

Ninguno de los tres parecía tener grandes deseos de hablar.

Una hora más tarde, afuera, y un poco alejado, se oyó el zumbido de un claxon, primero una sola vez, luego tres veces, tras breve pausa.

—Yo iré —se levantó inmediatamente Warden.

—¿Es Mai Li? —se interesó Gannon—. ¿Por qué no viene aquí?

—Porque no le da la gana.

Salió de la cabaña y Gannon miró sonriente a Hange.

—Me gustáis… —admitió—. La chinita tampoco es tonta, me parece.

—¿De qué estás hablando?

—Ella quiere que salgáis uno de vosotros, para asegurarse de que todo está bien. Si hubiera venido directamente aquí, quizá habría caído en una trampa mía.

—Para eso, habrías tenido que vencernos a Warden y a mí, ¿no te parece? —sonrió Hange.

—Oh, eso no sería difícil…

—¿No? Está bien, tú tienes muchos músculos, Gannon, pero no olvides que nosotros —se palmeó el sobaco izquierdo— tenemos esto. No te pases, te lo advierto.

Gannon encogió los hombros y encendió otro cigarrillo.

Afuera, Warden llegaba en aquel momento junto al coche detenido a un lado de Paiko Drive. Conocía el coche y además, la cabeza de Mai Li asomaba por la ventanilla.

—¿Tenéis la libreta? —preguntó en seguida.

—Sí. Pero ese tipo tenía razón: Hange estuvo un rato intentando sacar algo en claro, y luego lo he estado intentando yo, pero no hay manera.

—Dámela.

Warden se la entregó, y Mai Li encendió la luz interior del coche. Hojeó la libreta y frunció el ceño.

—Sí… Está en clave. Y cualquiera sabe qué clase de clave pudo

ocurrírsele a Murdoc…

—Gannon insiste en que Murdoc no era de los que traicionan.

—Eso ya lo sabemos… —refunfuñó Mai Li—. Pero estaba vigilado por el FBI, así que había que eliminarlo; aunque, claro, no le íbamos a decir a Gannon que fuimos nosotros mismos quienes matamos a Terry Murdoc para evitar que el FBI lo cazase al fin y le hiciesen hablar. El hecho cierto es que Murdoc estaba controlado y eso era demasiado arriesgado para nosotros, así que había que quitarlo de la circulación. Pero hay otra cosa, Warden: si Murdoc no pensaba traicionarnos…, ¿cómo tenía el FBI noticias de esta libreta?

—Sí… Tienes razón… Quizá estaba en tratos con ellos por un buen precio y por eso le dijo a Gannon que viniese con la libreta. De todos modos, el FBI ha podido saber eso por otro conducto. Nosotros —sonrió— también tenemos nuestras buenas fuentes de información, Mai Li.

—Sí. Y no íbamos a arriesgarlo todo por Murdoc. Ni por nadie. Sea lo que fuese lo que estuviese tramando Murdoc, el hecho cierto es que nos convenía eliminarlo antes de que el FBI tomase decisiones drásticas con respecto a él. Y que Murdoc escribió esta libreta. En fin… todo ha terminado. Podemos seguir tranquilos.

—Así parece. ¿Y Gannon?

—Matadlo.

—¿Sí? Vaya, parece un buen elemento, Mai Li. Y hasta empezaba a resultarnos simpático, en cierto modo. Tiene mal genio, pero es chispeante en ocasiones.

—Olvidas una cosa, Warden: Gannon ha golpeado a dos agentes del FBI que le vieron perfectamente, y nada menos que en la cabaña de Murdoc, que ellos estaban vigilando. Como es lógico, lo han relacionado con Terry Murdoc y entre eso y la paliza que les dio, lo van a buscar concienzudamente… ¿Crees que nos interesa un hombre en esas condiciones?

—No, claro.

—Matadlo, llevadlo con la lancha mar adentro y tiradlo bien lastrado donde haya buena profundidad. Y luego quedaros en este lugar. Ya os avisaremos.

—De acuerdo. Lo siento por Gannon.

—Es sólo un hombre más. Adiós.

—Adiós.

Mai Li maniobró la vuelta al coche y se alejó. Warden esperó hasta que dejó de ver las luces del coche y entonces, tras encoger los hombros resignadamente, regresó a la cabaña. Apenas entrar, miró a Gannon sonriente.

—Bien venido, Gannon —dijo.

—¿Significa eso que he sido aceptado?

—Por el momento, sí. Se te pondrá a prueba dentro de un par de días, y si respondes, te quedarás fijo. O sea, que a partir de ahora menos desfachatez y más… disciplina. ¿Está claro?

—¿Cuánto nos pagan?

—Empezarás con dos mil a la semana.

—No está mal. Pero supongo que la cosa irá subiendo… ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a ir con la lancha.

—¿Adónde?

—Oye, si quieres trabajar con nosotros…

—Está bien, está bien, hombre… No haré más preguntas. Vamos a dónde sea y ya iré sabiendo lo que se puede o convenga saber.

—Eso está mejor. Vamos, Hange. ¿Tienes las llaves de la lancha?

—Sí.

Se dirigieron los tres a la puerta. El primero en salir fue Warden, luego Gannon, y el último Hange, que se dispuso a cerrar la puerta con llave…

—Un momento —exclamó Gannon—: me he dejado el encendedor…

Empujó la puerta y entró. No se molestó en encender la luz y en los pocos segundos que tardó en reaparecer haciendo saltar en su mano el encendedor, Warden tuvo tiempo más que suficiente para hacerle a Hange un gesto definitivamente significativo: se pasó el dedo índice por la garganta, de oreja a oreja. Cuando Gannon salió, Hange había asentido con la cabeza y los dos estaban tranquilos, naturales.

Hange cerró la puerta y fueron hacia la playa, donde había un pequeño cobertizo. También fue Hange el encargado de abrirlo y dijo:

—Ayúdame, Gannon.

Entraron los dos y sacaron una pequeña lancha que arrastraron hasta la orilla…

—Entiendo que hay arrecifes por aquí, ¿no? —dijo Gannon.

—No te preocupes por eso: conocemos perfectamente estas cosas: Subid: empujaré la lancha al agua.

—Okay.

Warden alzó una pierna, para pasarla por encima de la borda de la lancha. Y justo entonces, cuando estaba en tan desequilibrada postura, el puño derecho de Sidney Gannon, enorme, terrible, durísimo, salió disparado hacia él, desde su izquierda. Fue un golpe espantoso, que acertó a Warden en el cuello y bajo su oreja izquierda, con tal fuerza que le hizo saltar por encima de la lancha, hacía proa, rebasando ésta y cayendo de cabeza sobre la apretada arena brillante.

Casi simultáneamente, Sidney Gannon se volvía hacia Hange, que había lanzado una exclamación, se había erguido y su mano derecha iba ya en busca de la pistola… Sidney pareció iniciar un paso de *ballet* elegantísimo, alzándose sobre la punta de su pie izquierdo, que giró lo suficiente para colocarlo de lado con respecto a Hange, mientras su pie derecho salía disparado en línea horizontal con ligera ascendencia.

Fue un espectacular y habilísimo patadón que acertó a Hange en el centro del pecho y lo derribó sobre la arena como fulminado por un cañonazo. Pero, evidentemente, no fue suficiente para Hange, que tras sacudir la cabeza, insistió en sacar la pistola… mientras Sid Gannon volaba ya hacia él en formidable salto. Cayó encima de Hange cuando éste había sacado ya la pistola y llegó justo a tiempo de sujetarle por la muñeca y desviarla hacia la derecha…

Plop.

El disparo, un simple chasquido, apenas molestó a Gannon, pero la bala, pasando junto a la oreja, lo ensordeció con su fortísimo chasquido de aire perforado… o mientras su puño derecho golpeaba a Hange en un hombro, al moverse éste apartando su barbilla, que era el blanco elegido. Y aunque Sid no acertó en la barbilla, Hange lanzó un aullido cuando aquella especie de maza de hierro le machacó el hombro, y su reacción fue tan furiosa, que sacudió con tal fuerza arqueando el cuerpo, que Gannon pasó por encima de él y cayó de cara a la arena…

—¡Apártate, Hange! —gritó Warden, de pie aunque tambaleante, con los pies en el agua, pistola en mano—. ¡Apártate!

Hange lo intentó.

Ciertamente lo intentó. Quiso rodar hacia un lado, pero Gannon se revolvió, saltó sobre su espalda y al girar Hange, quedó encima de él. Gannon le pasó el brazo izquierdo por la garganta, en fortísima presa, y se puso de rodillas.

Plop, plop, plop, chascó la pistola de Warden.

A cada disparo, Gannon notaba el estremecimiento de su escudo humano recibiendo los balazos, mientras, a la desesperada, la mano derecha de Sidney rastreaba la arena, en busca de la pistola de Hange, que había escapado de entre sus dedos al recibir el primer balazo disparado por su compañero…

Y los fuertes dedos encontraron la pistola, la alzaron…

Plop, chascó una sola vez la pistola de Hange, en la mano de Sid Gannon.

Warden lanzó un alarido, alzó violentamente los brazos y la pistola salió hacia atrás, desapareciendo en seguida en el agua, mientras su propietario, con una bala en el corazón, caía de espaldas.

Fin.

Durante unos segundos, crispado el rostro, Sidney permaneció inmóvil, arrodillado, sosteniendo contra su pecho el cadáver de Hange. Luego, lo tiró a un lado y se metió en el agua. Llegó ante Warden, lo asió por un pie y lo arrastró hasta donde yacía Hange.

Un gesto de disgusto apareció en el rostro de Sid.

—No creáis que me ha gustado… —susurró—. Pero tampoco debisteis hacer ese gesto tan feo —se pasó el dedo índice por la garganta— sin aseguraros de que yo no estaba mirando por la juntura de la puerta…

Echó un nuevo vistazo alrededor, preocupado. Pero nadie había visto ni oído nada. El cielo lleno de estrellas, el mar… Eso era todo, salvo las diseminadas luces de algunas casas a distancia muy conveniente.

Asió un pie de cada uno y los arrastró hacia el pequeño cobertizo. Los dejó allí dentro y regresó a por la lancha, que también arrastró, quedando bien claro que no necesitaba ninguna ayuda en cuanto a tareas musculares se refiriese.

Ya dentro del cobertizo los tres y la lancha, registró a los dos muertos, para, finalmente, quedarse solamente con su dinero, que

se embolsó tan campante. Salió, cerró la puerta y caminó hacia la playa, donde recogió la pistola de Hange. Luego, estuvo unos segundos calculando la conveniencia de meterse en el agua en busca de la de Warden, pero desechó la idea: ya se había duchado aquella tarde.

Guardó la pistola en un bolsillo interior de la chaqueta, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar hacia Paiko Drive.

Hacia las diez de la noche, elegantísimo, Sidney Gannon hacia su aparición en el vestíbulo del Hilton Hawaiian Village, nada menos, en Kalia Road, Waikiki, posiblemente la playa más famosa del mundo, junto con Copacabana. Seguía pareciendo un deportista, desde luego, con su jersey negro de cuello alto, sus anchos hombros, su modo de caminar…

Sin vacilar, se dirigió a la terraza donde estaban las piscinas, ocupó una mesa con gran naturalidad y aplomo y llamó a uno de los camareros con una seña.

—Diga, señor.

—Champaña y un teléfono.

—En seguida, señor.

Se dedicó a mirar a los bañistas nocturnos, desdeñando, por supuesto, a los del género masculino. Había allí cada bombón en bikini que tiraba de espaldas, o poco menos. ¡Aquello sí era vida, qué demonios…! De alguna parte llegaba música hawaiana y la luna iba saliendo, por fin, con su característico color naranja. Algunas muchachas y no pocos hombres, llevaban collares de flores de hibisco, y no se podía dudar que lo estaban pasando formidablemente. Sí, señor: ¡aquello era vida!

«Me pregunto si no me estoy pasando de la raya —pensó—. Pero, caracoles, no todo han de ser bofetadas. Este lugar no está nada mal —sonrió al recordar que se hallaba en uno de los mejores hoteles del mundo—… No, señor, nada mal. Me pregunto cuánto debe costar organizar aquí un *luau* de ésos… La ruina. ¿De dónde voy a sacar yo el dinero necesario para pagar unas bailarinas, músicos, la cena exótica, las…?».

Dejó de pensar cuando el camarero apareció, llevando el champaña y un teléfono de color verde, que conectó al dispositivo de la mesa. Esperó también a que le sirviese champaña y cuando quedó de nuevo solo, descolgó el auricular, vaciló, bebió un sorbo

de champaña, puso cara de felicidad y marcó un número con su gordo dedote índice.

Le contestaron, estuvo hablando un par de minutos, colgó y se dedicó a beber champaña y a mirar a las chicas en bikini.

CAPÍTULO IV

Mai Li estaba en bikini, tomando el sol junto a la piscina, cuando llegó el chino procedente de la magnífica casa rodeada de césped y jardín. Un chino magnífico: alto, bien proporcionado, ojos grandes y muy inteligentes, y terriblemente elegante con su albornoz de felpa roja. Debía tener unos cuarenta años, pero salvo algunas canas en las sienes, podía producir la impresión de tener muchos menos. Incluso los treinta escasos. Sí: un magnífico ejemplar.

Se sentó en una de las tumbonas de colores, a pleno sol, mirando con gesto afable a Mai Li que, tendida en una toalla sobre el césped, volvió la cabeza y le sonrió.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, Mai. ¿Has desayunado ya?

—Sí. Me levanté temprano.

—Sana costumbre, hija mía. Yo tuve algunos pequeños problemas preparando la recepción del próximo envío. ¿No se ha levantado todavía Abigail?

—Supongo que no… —sonrió Mai Li—. Ella no tiene costumbres sanas.

Rieron los dos quedamente.

—Sin embargo —objetó Wong Li—, entiendo que Wesley va a venir a buscarla esta mañana.

—Eso es cosa de ellos. ¿Cuánto nos envían esta vez?

—Si no entendí mal, por valor de unos tres millones de dólares.

—¿Tanto?

—Las cosas se están poniendo difíciles en Vietnam y además hay que empezar ya a prevenir la retirada de las tropas norteamericanas, hija. Cuando eso suceda, el negocio habrá terminado allí y será muy conveniente tenerlo completamente organizado aquí, estar ya introducidos en las bases de las Hawai…

Especialmente en Pearl Harbor. Aunque…

—¿Sí, padre?

—Bueno, no creas que me gusta esto demasiado, francamente. Las Hawai no es lo mismo que Vietnam. Allá todo es mucho más sencillo, pero aquí, en pleno territorio americano… No sé. Esperemos que no tengamos más contratiempos con el FBI… ni con nadie.

—¿Has conseguido descifrar algo de la libreta?

—Ni una sola palabra —negó Wong Li, fruncido el ceño—. Pero seguiré con ello, por supuesto.

—¿Crees que vale la pena molestarse?

—No sé… —Recapacitó Wong—. En verdad, lo que importa es que hemos conseguido la libreta de ese estúpido Terry Murdoc y me parece que sería suficiente con destruirla. Pero…

—¿Pero…? —sonrió Mai Li.

—Pero quizá sería conveniente para nosotros saber qué es lo que Murdoc anotó en ella. Es muy posible que eso pudiese evitarnos algún sobresalto, o, cuando menos, sorpresas no deseadas.

—Como siempre, tienes razón —musitó Mai Li.

—Ojalá sea así. ¿Sabemos algo de Hange y Warden?

—No. ¿Qué tendríamos que saber? Les dije que matasen a ese Gannon y que ya los llamaríamos.

Wong Li asintió con la cabeza, pensativo.

—Es una lástima eliminar personal que ya conoce el negocio, pero peor sería correr riesgos inútiles. Bueno, voy a nadar un poco, y luego iré a desayunar y seguiré con la libreta de Murdoc.

—¿Quieres que te ayude?

—No sería mala idea… Ven dentro de un rato, no hay prisa.

—Se está muy bien al sol —sonrió dulcemente Mai Li.

Wong asintió, se puso en pie, se quitó el albornoz y se lanzó de cabeza a la piscina. Estuvo nadando unos minutos, bajo la sonriente mirada de su hija, en cuyos negros y bellos ojos centelleaba la adoración que sentía por su padre. Sí: lo adoraba, lo amaba tan profundamente que estaba convencida de que no podía haber en todo el mundo otra hija que quisiera tanto a su padre. Era inteligente, ecuánime, amable, y, con ella, no podía ser más absolutamente bondadoso…

Por fin, Wong Li salió de la piscina, se puso el albornoz, se

inclinó para dar un cachetito en una nalga a Mai Li, y se dirigió hacia la casa, sonriendo, tranquilo, reposado.

Cuando él entró en la casa, Mai Li volvió a tenderse cara al cielo y cerró los ojos acogiendo placenteramente la caricia del sol. Amortiguado, llegaba a sus oídos el rumor de la circulación por los alrededores de la quinta, casi en el cruce de Keanu y Hulakai. Muy cerca estaba el Club de Golf Waialae y las calles que rodeaban la quinta estaban aceptablemente apartadas para que allí hubiese un razonable silencio, paz, tranquilidad… Si abría los ojos, vería, hacia el mar, el Diamond Head, elevado setecientos sesenta pies sobre el nivel del mar, cerca de Kapiolani Park…

Pero no sentía deseos de ver ni de oír nada. Sólo quería estar allí, tomar el sol…

Oyó un suave chasquido a su derecha y parpadeó. Se volvió, ya definitivamente abiertos los ojos y miró hacia la tumbona donde antes había estado su padre. Todavía pudo ver cómo Sidney Gannon, elegantísimo, guardaba el encendedor, expeliendo la primera bocanada de humo hacia el cielo.

Lanzando un respingo, Mai Li se sentó y se quedó mirando con expresión desorbitada, incrédula, al hombre de la celda 3113 en el Penal de Alcatraz.

—Caracoles… —sonrió Gannon—. ¡Tú sí que vives bien, Flor de Almendro!

—No… —acertó a jadear ella—. ¡No es posible!

—¿No? Pues yo lo pasaría fenomenalmente aquí, muñeca. Pero así es la vida: lo que a unos no les satisface, a otros les colmaría todas sus ilusiones, y viceversa. Oye: estás tremenda en bikini, te lo juro.

—¿Qué…, qué pasó?

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Qué día es hoy? ¿Ya es la una? ¿Es que…?

—¿Dónde están Hange y Warden? —Casi gritó Mai Li.

—Ah… ¿Te refieres a aquel par de sujetos? Pues me temo que… ¿Tú conoces a Neptuno?

—¿Neptuno?

—Sí, mujer… El tío ese que dicen que es el dios de las aguas. Una vez salí en los Ángeles… ¿O fue en San Francisco? O quizá fue en… No recuerdo dónde, pero sé que una vez salí con una chica que

estaba un poco chiflada y sabía cosas de la Moto… Moti… Motilogía, o algo así… ¿O era Mitología? No recuerdo. Bueno, ella me contó una serie de cosas sobre dioses de todas partes… Por ejemplo, me habló de un tal Némesis que era dios de la venganza… No, no, no… Era una diosa, eso es. Caracoles, esto de ponerme nombre de mujer no me gusta nada, aunque sea de diosa… ¿No habrá por ahí inventado algún dios de la venganza?

Mai Li tragó saliva y pareció calmarse.

—Los has matado… ¡Has matado a Warden y Hange!

—Me parece que sí. Y como te decía antes, fueron a visitar a ese tío llamado Neptuno, que vive en el fondo del mar. Verás lo que pasó: yo vi por la rendija de la puerta que Warden le hacía así a Hange —se pasó el dedo por la garganta—, ¡raaaás!, y comprendí que me querían matar. Así que me hice el idiota y cuando llegó el momento, quise sacudirles y largarme. Pero…

—¿Cómo has podido encontrarme?

—Pues… antes de expirar, Hange se mostró muy comunicativo. Tenía que hacerlo, porque yo le estaba apretando el pescuezo a lo bestia y eso debía molestarle. Así que me dijo que podía encontrar a Flor de Almendro en el 84 de Keanu Street. Después que él dijo esto, me parece que me olvidé de dejar de apretarle el pescuezo y el muy imbécil se murió. Entonces, les quité el dinero a los dos, los metí en la lancha, me fui por ahí y los envié con saludos para Neptuno; ya ves, el tío ese que es dios de las aguas… Luego, volví a tierra firme, me compré estas ropas, porque las otras se habían ensuciado de arena y cosas así, y me busqué un buen hotel, un sitio decente, ¿comprendes? Y esta mañana, al despertarme tempranito, me he dicho: «¡Hombre, Sid! Ya que conoces el domicilio de Flor de Almendro…, ¿por qué no vas a saludarla?». Así que he tomado un taxi que me ha dejado cerca de aquí, he saltado las verjas por aquel punto —señaló por encima de su hombro—, y… aquí estamos, nena. El día es magnífico, ¿no crees?

—Estás loco al venir aquí.

—No creo. Mira, en primer lugar, tengo una pistola que Hange me dejó como herencia. No es que sea precisamente un «Buffalo» Bill, pero a veces, hasta meto la bala donde me propongo. Y en segundo lugar, no creo que tú vayas a discutir por cincuenta mil dólares más o menos.

—¿Cincuenta mil? —exclamó Mai Li.

—Claro. La vida sube, sube, sube… Cada día está todo más caro. Por ejemplo, este traje, que hace unos tres años me habría costado doscientos cincuenta dólares, me costó anoche trescientos sesenta. ¡Es terrible…! Pero como, a fin de cuentas, era un obsequio de mis amigos Warden y Hange, pagué sin rechistar. En definitiva, como he comprobado que todo está tan caro, quiero ahora la lancha y cincuenta mil dólares… La pistola ya la tengo.

—Pero no la libreta —sonrió fríamente Mai Li.

—Bueno, respecto a eso, también tengo varias soluciones: una de ellas es ir al FBI y decirles que respecto al caso de Terry Murdoc…

—No saldrás vivo de aquí —susurró Mai Li.

Sidney Gannon entornó los ojos y sonrió. Una sonrisa muy especial, congelada su gris mirada.

—Ésa es una cuestión a discutir aparte —dijo amablemente—. En cuanto a la otra solución, consiste en que, si esta noche yo no he vuelto a mi hotel a recoger un sobre, lo cursarán por correo, siguiendo mis instrucciones. Y ese sobre va dirigido a la Delegación del FBI en Honolulú. ¿Sabes qué contiene ese sobre?

—¿Mi nombre y dirección?

—Eso, y la libreta.

—¿La libreta?

—Oh, sí… Es que… me olvidé decirte que tengo tres libretas, todas preparadas para seguir rutas que a mí me convienen… ¿Sabes lo que es una fotocopia?

—Estás mintiendo… —jadeó Mai Li.

—Oye, muñeca, yo no tengo costumbres tan feas… Sí, en San Francisco obtuve tres juegos completos fotocopiados de la libreta que me envió el pobre Terry. ¿Y sabes por qué? Porque Terry no era ningún desgraciado y cuando él decía que el negocio era grande, es porque el negocio era grande. Y yo pensé: «Caracoles, ¿y si el negocio está relacionado con esta libreta? ¿No sería una estupidez perderla?». Así que la fotocopié enterita tres veces y están… por ahí, dando tumbos, esperando que yo las recoja… a seguir su camino a otras manos que quizá sean más duras que las mías. Y ahora, después de tanta charla, quiero setenta y cinco mil dólares, la lancha, y un refresco de esos hawaianos tan estupendos… ¿O no hay servicio en este lugar?

—Iré a avisar a uno de los criados.

Sid Gannon miró el timbre adosado a una pata de la mesa en cuyo centro había un gran parasol; timbre del cual partía un hilo que se hundía bajo el césped, y que, a no dudar, conectaba la piscina con la casa.

—Me parece muy bien… —sonrió—. Espero que no te salga algún lobo por el camino. Los lobos se comen a las niñas, supongo que ya sabes eso. Ah, pídeme también cigarrillos; se me están terminando. ¡Qué bien se está aquí, maldita sea mi estampa…!

Cerró los ojos, evidentemente gozoso bajo la caricia del sol. Mai Li estuvo unos segundos observándole. Luego, recogió su albornoz y se dirigió hacia la casa, dejando a Sidney Gannon aparentemente dormido.

Sin embargo, cuando Mai Li regresó con su padre, Sid Gannon abrió los ojos y se quedó mirando al chino que sentado ante él en otra extensible, le miraba de hito en hito.

—Setenta y cinco mil dólares es mucho dinero, señor Gannon —susurró Wong Li.

—Seguro. Pero… ¿a mí qué me importa esa cifra?

—Es la que ha pedido, ¿no?

—Quizá —reflexionó Sid—. Pero, en este rato, he tenido tiempo de pensarlo mejor. Ya no quiero setenta y cinco mil dólares.

—Ah. Bien, eso es otra cosa. Podemos entendernos sobre…

—Ahora quiero cien mil.

—No se pase, señor Gannon —dijo apaciblemente Wong Li.

—Tengo esa mala costumbre. Supongo que Warden y Hange lo pensaban así mientras los hacía papilla a golpes. Mire, señor Chan, cien mil dólares es el sueño de toda mi vida. Démelos, y le juro que jamás volverán a saber de mí.

—No sé si eso me conviene, señor Gannon. Más bien creo que no debo perderlo de vista.

—Eso tiene fácil solución: en lugar de darme cien mil dólares y todo terminado, contráteme. Yo no soy de los que matan la gallina de los huevos de oro; prefiero un trabajo largo y fijo, bien pagado, que un montón de dinero que, seguramente, me gastaría muy pronto, en alguna burrada, como por ejemplo, un *luau*… O varios… ¿Conoce el cuento de la gallina de los huevos de oro?

—No.

—Un tío idiota tenía una gallina que cada mañana le ponía un huevo de oro, así que el tío idiota se iba enriqueciendo, aunque no tan aprisa como a él le habría gustado. Entonces, pensó que si mataba la gallina, y la abría, encontraría dentro la fábrica de los huevos de oro, y podría explotarla más rápidamente, y así hacerse rico antes. De modo que mató la gallina…

—Y se quedó sin gallina y sin su huevo de oro diario, ¿no? —sonrió Wong Li.

—Usted es listo, señor Chan.

—Llámeme Wong. Está bien, Gannon: ¿cuánto quiere ganar?

—Diez mil al mes.

—Eso significaría que en diez meses, habría cobrado ya los cien mil dólares… y seguiría cobrando —frunció el ceño Wong Li.

—Sí, pero yo trabajaría, señor Wong. Y soy un buen elemento. Considerando que en pocos días ha perdido usted a Terry Murdoc y a Hange y Warden, mi ayuda puede resultarle necesaria. Cuando conviene soy serio y disciplinado.

—¿Es cierto que tiene usted tres fotocopias completas de la libreta?

—Sí.

—Las quiero.

—Vamos, vamos… —masculló Sidney—. Esas libretas son mi seguro de vida, señor Wong. Mientras estemos en buenas relaciones, le aseguro que usted podrá estar tranquilo.

—¿No es usted demasiado listo, Gannon?

—Escuche: por primera vez parece que he encontrado un asunto importante y no pienso dejarlo escapar. Estoy harto de subir a un *ring* y pegarme palizas con otros desgraciados como yo y de meterme en líos por miserias… Págueme bien y tendrá un buen socio. Eso es todo.

—¿Socio? —murmuró Wong Li.

—Bueno, nosotros llamamos así a los compinches, usted ya entiende.

—Lo que no entiendo es que, en todo caso, usted va a ser un «empleado» mío, no un socio.

—Eso he querido decir —acortó Gannon.

Wong y Mai Li estuvieron mirándole fijamente unos segundos. Por fin, Wong asintió con la cabeza.

—Está bien, Gannon —musitó—. Aceptado.

—¡Estupendo! ¿Qué tal si me da un anticipo sobre mi primera mensualidad? Si no hubiera sido por las billeteras de Warden y Hange, ahora estaría en la más negra miseria… ¿Le parece bien cinco mil dólares, de momento?

Wong asintió y se puso en pie. Al volverse, vio a la muchacha que llegaba procedente de la casa, vestida de calle, mirando con curiosidad hacia ellos. Gannon siguió la dirección de su mirada, vio también a la muchacha y dijo «¡waaahooo…!» o algo parecido y hasta se puso en pie cuando ella llegó. Era rubia, de ojos azules, carita de muñeca y cuerpo sensacional. Una maravilla de dieciocho o veinte años, que llegó sonriendo angelicalmente.

—¡Buenos días a todos! —saludó—. ¿Todavía no ha venido Wesley?

—No… —sonrió Wong—. ¿Adónde vais hoy?

—Oh, no sé… Por ahí. Por ahí. ¿Quién es este caballero tan atlético, papá Wong?

—Un nuevo empleado para mis negocios de pesca.

—Pues no pareces un pescador —rió la muchacha.

—Si usted se convierte en sirena, yo me convierto en pescador ahora mismo —dijo Gannon.

—¡Es un hombre divertido, papá Wong! —rió de nuevo la muchacha—. ¿De dónde lo has sacado?

—De una manga, no —aseguró Sidney.

La muchacha volvió a reír y Wong sonrió suavemente.

—El señor Gannon va a sustituir a Warden y Hange, hija. Ya veremos si hace el trabajo de los dos, ya que quiere cobrar por los dos.

—Ah… ¿Y qué harán Warden y Hange?

—

R. I. P.

—dijo Sidney, de pronto serio.

—¿Cómo?

Él se pasó un dedo por la garganta, en gesto inconfundible.

—

R. I. P…

Ya sabe: ¡raaaásss!

—¿Han muerto? —susurró la muchacha rubita.

—Pero no por su propia voluntad, ni por designios divinos.

Se quedaron mirándose fijamente. La rubita se pasó la lengua por los labios y ladeó la cabeza, contemplando aún con mayor atención al típico ejemplar de luchador de *cacht-as-cacht-can*…

—Mai y yo vamos a casa a buscar dinero —dijo siempre muy suavemente Wong—. ¿Te importa entretener mientras tanto a Gannon, hija?

—Lo haré con gusto —susurró ella.

—Hasta ahora. Vamos, Mai.

Los dos se dirigieron hacia la casa, la rubita se sentó y Gannon también. Estuvieron mirándose todavía unos segundos, hasta que Sidney, de pronto, alzó las cejas, como bruscamente sorprendido.

—Usted es de raza blanca, si no me equivoco, señorita.

—Salta a la vista —sonrió ella.

—Sí… Pero ha llamado «papá» a un chino… y él la llama «hija» a usted… ¿Es una nueva moda exótica?

—No… —rió ella—. No, no. Mi madre enviudó en Estados Unidos y nos vinimos las dos aquí. Ella se enamoró de papá Wong, se casaron y ya está. Papá Wong es un hombre magnífico… No me disgusta lo más mínimo llamarlo papá. Y además, legalmente, lo es.

—Sí, claro… ¿Y su madre?

—Falleció hace un par de años.

—Lo siento. ¿De verdad vive usted bien con estos chinos?

—Son buenos, señor Gannon. Y no tengo más familia que ellos. ¿Por qué habría de dejarlos?

—Pues verdaderamente… Claro: ¿Por qué tendría que dejarlos? Dígame: ¿cuál es su nombre, señorita?

—Abigail Fowler. ¿A qué se dedicaba usted hasta ahora, señor Gannon?

—Lucha libre.

—¿De veras? —Abrió Abigail mucho los ojos—. ¿O sea que es usted uno de esos hombres tan fuertes y ágiles que salen en un *ring* a pelear?

—Así es… cuando no encuentro algo mejor.

—Ya. ¿Y qué más sabe usted hacer?

—Todo lo que me convenga. ¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Qué sabe hacer?

—¡Qué pregunta más divertida! —rió la rubita—. ¿Hacer? No sé. Muchas cosas y ninguna. Pero yo no tengo que ganarme la vida, señor Gannon.

—Eso es pecado, hijita —sonrió Sid.

Abigail Fowler volvió a reír… Y su risa llegó hasta la casa, a la cual estaban entrando en aquel momento Wong y Mai Li. Él se volvió, sonrió secamente, y luego miró a Mai, que tenía el ceño fruncido.

—Gannon parece un hombre con sentido del humor —comentó.

—Eso me dijo Warden anoche, cuando les di la orden de matarlo. Pero… ¿no crees que es demasiado listo, padre?

—Por lo menos, es precavido. Nos lo ha estado demostrando continuamente. Quizá sea una buena adquisición para la organización, y si resulta ser así, nos lo quedaremos. Pero mientras tanto, convendría que esas tres libretas fotocopiadas viniesen a nuestras manos, hija. Por si acaso.

—Eso no va a ser fácil —murmuró Mai, entrando en el despacho delante de su padre.

Éste cerró la puerta y se dirigió hacia la mesa sonriendo.

—El señor Gannon parece un hombre al que le gusta lo bello. Yo creo que Abigail podría convencerlo poco a poco, quizá, a él le impresionase más una belleza… diferente a las que suele tratar.

—¿Una muchacha china, por ejemplo?

—Por ejemplo —sonrió de nuevo Wong—. No me cabe la menor duda de que Gannon sabría apreciar la superior belleza de una mujer china, desde luego. Y por supuesto, creo que tendríamos más posibilidades de conseguir esas libretas utilizando el amor que utilizando la rudeza. Un hombre acostumbrado a recibir golpes es difícil de tratar, hija mía. Pero, a lo mejor, no está acostumbrado a recibir dulzura, y… no podría resistirse a nada que se le pidiese… dulcemente.

—¿Quieres que lo intente?

Wong, sentado a su mesa, de la cual había sacado una caja metálica, miró atentamente a su hija.

—No me atrevía a pedírtelo, Mai.

—Lo haré, padre.

—Gracias. Pero no dejes que él consiga… demasiado de ti.

—Oh, eso no me importaría: me gusta como hombre.

—En ese caso, supongo que tu cometido no va a resultarte precisamente penoso.

—No… —sonrió Mai Li—. En absoluto. Y estoy segura de que conseguiré esas libretas. ¿Qué haríamos entonces con Gannon?

—Depende. Es posible que, a fin de cuentas, sea un hombre útil para nosotros. Si es así, lo conservaremos…, aunque no con el sueldo que él se ha fijado —había abierto la caja, de la cual sacó varios fajos de billetes—. Y si se pone pesado, lo mataremos. Tenemos ya bastante personal de confianza y no valdría la pena complicarnos la vida. Toma, llévale estos cinco mil dólares, y… empieza a ser dulce, yo me quedo aquí, con esta maldita libreta.

—Está bien —Mai Li se dirigió a la puerta, pero se volvió antes de llegar—. Me gustaría ser yo quien lo matase, padre.

—¿Por qué?

—Quizá tenga que darle mucho de mí misma… En cuyo caso, también quisiera cobrarme mucho de él: su vida sería un precio razonable después de haberle dado mi amor.

Wong Li sonrió ampliamente.

—Estoy muy satisfecho de ti, hija mía; eres todo lo refinada que requiere nuestra raza y la educación que te he dado. Dejo la vida de Sidney Gannon en tus manos.

—Gracias, padre… —Mai Li vaciló—. ¿Te parezco tan refinada como Abigail?

Wong la miró vivamente.

—¿Tienes celos de ella? —exclamó.

—Un poco. Te amo demasiado y me duele que consideres que tienes otra hija aparte de mí.

—Tú eres carne de mi carne, y ella no. Olvídala. Es sólo una muchacha hija de una mujer que amé… en lo posible y que me dejó una considerable fortuna para administrar. Abigail es inteligente, colabora bien con nuestros asuntos y da un cierto aire… patriótico a esta casa. Estamos bien con ella. Ella está contenta de nosotros y nosotros de ella. Todos ganamos mucho con esta convivencia. Por lo demás, yo sólo tengo una hija, a la que amo tanto como ella pueda amarme a mí.

—Gracias… —murmuró Mai Li—. Gracias, padre.

—No pienses más en estas cosas. Por mi parte… Creo que llega Wesley, ¿no?

Mai Li se acercó a la ventana, miró hacia el sendero y asintió.

—Sí, es él.

—Ve a la piscina con Gannon. No quisiera ninguna indiscreción con respecto a Wesley Koster, hija.

—Hasta luego, padre.

Mai Li salió del despacho y de la casa. Vio el coche de Wesley Koster detenido cerca de la piscina y junto a ésta al muy apuesto capitán de la U.
S. Navy,
que estaba estrechando la mano de Gannon, bajo la riente mirada de Abigail, que parecía estar pasando un rato divertidísimo.

Mientras se acercaba, Mai Li definía las diferencias entre el capitán de la marina yanqui y el despabilado Gannon. Éste era más alto, más ancho de hombros, con más cara de hombre, más ruda, recia. Pero no podía dudarse que Abigail había tenido suerte, pues Wesley Koster era todo un ejemplar, atlético, elegante, inteligente... Siempre impecable con su uniforme...

—¡Hola, Mai Li! —La saludó Koster, viéndola llegar—. ¡Nos vamos a Popoia Island! ¿Quieres venir?

—No, gracias... —rechazó ella, llegando—. Ya he visto muchos pájaros en mi vida.

—¿Te refieres a mí, Flor de Almendro? —preguntó Gannon.

—¿A usted? —se sorprendió el capitán Koster.

—Bueno... Hay quien piensa que soy un pájaro... de cuenta.

Abigail y Wesley Koster se echaron a reír, tomados de la mano, listos para marcharse.

—¡Mai se refiere a que la isla Popoia es un refugio para aves, así que siempre hay muchas, de varias clases...! —exclamó Abigail.

—Seguro; me he invitado a esta casa.

Riendo, el capitán de la U. S. Navy y la rubita se fueron hacia el coche de él, y partieron rápidamente, todavía riendo. Gannon dirigió una mirada de reojo a Mai Li y se dejó caer una vez más en la extensible.

—Mucho me temo, nena, que no has encargado mi refresco.

—Me olvidé...

—Lo comprendo. Tenías cosas más importantes en qué pensar. Es bonita Abigail, ¿verdad? Lástima...

—¿Lástima? ¿Por qué?

—Supongo que también está metido en el negocio, ¿no?
—¡Desde luego que no! ¿Acaso has hecho algún comentario…?
—No. Pero estuve a punto. Bueno…, ¿qué pinta ese tío en lo nuestro?
—No pinta nada. Está loco por Abigail y viene a buscarla siempre que puede. Lo cual no es de extrañar, ya que ella es tan… bonita. Aquí tienes tu dinero.
Se lo tiró al vientre y Gannon respingó al recibir el suave impacto. Luego, sonrió, tomó los fajos de billetes y pasó éstos entre sus fuertes dedos.
—Caracoles… —susurró—. Son cinco mil dólares de verdad. Hacía un montón de tiempo que no contemplaba tanta belleza junta.
—¿Te gustan más que Abigail?
—Oh, sí.
—¿Y más que yo?
Gannon ladeó la cabeza y le dirigió una mirada escrutadora.
—No lo sé… —dijo—. El dinero lo he probado en ocasiones, pero nunca he probado a una china.
—Los hombres siempre os perdéis lo mejor —replicó ella.
Se quitó el albornoz y se tiró a la piscina. Sidney Gannon la estuvo mirando nadar, entornados los ojos, como queriendo ocultar aquella chispa dura, fría. Mai Li estuvo nadando unos minutos y cuando se dispuso a salir de la piscina, Gannon se acercó al borde con el albornoz de ella en las manos…
—Gracias —murmuró Mai Li, volviéndose de espaldas.
Pero Sid Gannon no le puso todavía el albornoz.
—¿No dicen que es malo quedarse con ropas mojadas sobre el cuerpo? —susurró.
Mai Li se volvió lentamente y estuvo mirándolo unos segundos. De pronto, con deliciosos movimientos, se desprendió de las dos piezas mojadas, siempre mirando fijamente a Gannon, que se pasó la lengua por los labios.
—He estado pensando —murmuró— que quizá serías tan amable de decirme cómo y dónde se divierte uno en Honolulú, Mai.
—¿En público… o en privado?
—Bien… Tengo dinero para probar primero en público. Pero no desdeñaré cualquier información tuya respecto a diversión privada.

—Ve a buscar mi coche al garaje… —susurró ella—. Mientras tanto, yo iré a vestirme.

Se volvió otra vez, Gannon le puso el albornoz sobre los hombros y ella fue hacia la casa. Sid la estuvo mirando hasta que entró en ella. Luego, miró el dinero que había dejado sobre la extensible.

«Lo que yo digo siempre —pensó—: no todo van a ser bofetadas».

CAPÍTULO V

Sidney Gannon tomó la llave que le tendía el conserje, y señaló hacia los casilleros.

—¿Quiere entregarme también el sobre que dejé esta mañana?

—Ah, sí, señor, en seguida…

El hombre se volvió, tomó el sobre y lo tendió a Sid, que lo guardó con indiferencia en un bolsillo interior. Dio las gracias, se volvió hacia Mai Li y señaló hacia el ascensor.

—Subamos, señorita Li… —dijo—. Terminaremos ese asunto arriba, si no tiene demasiada prisa.

—No, señor Gannon. Podemos hacerlo.

—Bien —Sid se volvió de nuevo hacia el conserje, que los contemplaba con cierta suspicacia—. Estoy esperando la visita de mi jefe. Si viene, dígale que el sobre lo tengo yo y que lo espero arriba con mi secretaria.

—Está bien, señor.

Entraron los dos en el ascensor, impávidos bajo la no menos impávida mirada del botones encargado de manejarlo… Séptimo piso. *Suite* 719. Entraron, Sidney cerró la puerta, y se dirigió directamente a la terraza. Abrió la puerta-ventana, y señaló el exterior.

—No pude conseguir alojamiento en el Hilton Hawaiian, pero esto tampoco está mal. Empiezo a convencerme de que vale la pena contemplar Waikiki… Sobre todo, de noche. ¿Quieres que pida algo para beber?

—No.

—De acuerdo, secretaria… —rió Gannon—. ¿Un cigarrillo?

—No, tampoco.

—Bien… ¡Aquí estamos! ¿Qué tal si contemplamos las estrellas?

Se quitó la chaqueta y salió a la terraza. Mai Li se reunió con él y durante un par de minutos permanecieron silenciosos,

contemplando la playa de Waikiki, con su hermosa iluminación de lujosos hoteles y avenidas, y, al fondo, sobre el mar, la luna de color naranja…

—¿Lo has pasado bien? —murmuró ella de pronto.

—Fantástico… —Se volvió Sid—. La parte de diversión pública ha resultado estupenda. Sí… Un día casi completo.

—¿Casi? Yo lo he pasado bien contigo, Sid… —susurró—. Me alegro ahora de que Warden y Hange no pudieran contigo. ¡Me alegro tanto!

—Yo más —aseguró Gannon.

Ella sonrió dulcemente. Y Sid Gannon se quedó mirando la dulce boquita tiernamente curvada. Luego, miró los grandes ojos negrísimos, rasgados… Y de nuevo la boca. Lentamente, muy lentamente, el hombre de la celda 3113 comenzó a inclinarse…

—¿Debo marcharme ahora? —Se dolió Mai Li.

—Lo lamento, pero sí. El cuento de la secretaria no creo que haya sido demasiado ingenioso, mi amor. Y si no te ven salir, quizá decidan subir a molestarnos, ya que mi jefe no vendrá, claro, puesto que no existe.

—Me gustaría quedarme, Sid.

—Y a mí me gustaría que te quedases, pero no es conveniente.

—Está bien.

Él la estuvo contemplando mientras, ambos en silencio. Luego, ella salió y regresó segundos después con la chaqueta de Sidney, que éste había dejado en la salita. Bajo la atenta mirada de él, Mai Li sacó del bolsillo el sobre. Lo abrió y contempló el fajo de fotocopias de las páginas de la libreta.

De pronto, lo miró.

—¿No crees que sería mejor destruir esto, Sid? —murmuró.

Gannon se levantó, caminó hasta ella y la abrazó.

—Puedes hacer lo que gustes, Mai.

—Me lo voy a llevar y lo quemaré en casa.

—Lo que tú quieras.

—¿Dónde tienes las otras dos fotocopias?

Sidney Gannon vaciló visiblemente.

—Escucha, Mai, esto es importante para mí… No, espera: no me estoy refiriendo a la libreta y sus fotocopias… Me estoy refiriendo a ti.

—¿A mí?

—Te amo.

—Yo también te…

—No sigas. No me gustan las mentiras, Mai. No, al menos, en estas cosas.

—Pero, Sid…

—Mira, yo no soy ningún cretino, como bien sabes. He vivido lo mío, y conozco toda una serie larguísima de cochinadas. La más corriente en esta puerca vida, es que una mujer engañe a un hombre con sus falsas caricias…

—¡Mis caricias no han sido falsas! —protestó Mai Li.

—No sé si lo entiendes, Mai; te amo. Quisiera quedarme siempre aquí, contigo. Pero me pregunto si realmente tú me amas a mí, o todo está siendo un juego conveniente para ti, con el fin de conseguir mis libretas.

—No, Sid, no…

—Pero quieres todas las fotocopias.

—Quiero mucho a mi padre, Sid. Esto es muy importante para nosotros.

—Y tú, hoy, te has convertido en muy importante para mí. No quisiera perderte, Mai… Aunque sea a costa de mentiras, aunque sólo pueda retenerte conmigo mientras conserve esas fotocopias.

—Mi amor ha sido sincero, Sid.

—El mío también lo es. Y si ambos nos amamos, tú no debes temer nada respecto a tu padre, Mai. Si de verdad me amas, yo me convenceré pronto, y cuando esté seguro de tu amor, yo te daré todo lo que me pidas.

—Menos esas fotocopias.

—Eso sería lo primero que te daría. Pero… déjame convencerme de que todo esto es cierto, de que mi suerte no es… un sueño, Mai. ¿Lo entiendes?

—¿Y cuánto tardarás en convencerte?

—Eso depende de ti, mi amor.

Ella lo besó en los labios y sonrió.

—Adiós, Sid.

—¿Nos veremos mañana?

—Durante el día, no. Y será mejor que descanses esta noche, pues mañana hay trabajo para todos.

—¿Mañana por la noche?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Qué tendremos que hacer?

—Yo te llamaré. No salgas del hotel en todo el día, o, al menos, no te alejes de la piscina. Te llamaré por teléfono o pasaré a recogerte.

—Está bien.

Volvieron a besarse, largamente, apasionadamente… Luego, Mai Li abandonó la *suite* y sonrió con frialdad apenas hallarse en el pasillo. Llamó el ascensor y mientras lo esperaba, contempló el sobre lleno de fotocopias.

—Una —dijo en un susurro.

Los tres contemplaban las cenizas en que se había convertido el mazo de fotocopias. Wong Li las pulverizó utilizando un abre-cartas y miró a su hija.

—No has podido ser más rápida, Mai.

—Pero todavía quedan dos de esas fotocopias —dijo Abigail.

—Mai se encargará de eso… —sonrió Wong—. Parece que Gannon es un hombre fácil de manejar en este aspecto. No tardará mucho en entregarle las otras dos. Mientras tanto, le haremos creer firmemente que lo hemos admitido sin reservas.

Abigail miró atentamente a Mai Li.

—¿De verdad piensas que podrás convencerle para que te vaya entregando todas las fotocopias, Mai?

—Sí. Me ama.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Piensa que tú también dices amarlo a él, y no es cierto… Quizá te esté mintiendo, como tú a él.

—No lo creo así… —sonrió con suficiencia Mai Li—. ¿Por qué tendría que hacerlo? Es un guapo atleta que ha visto aquí la oportunidad de su vida. De todos modos, quizá tú te resistas a admitir que un hombre pueda amarme, Abigail.

—No, no… —rechazó sinceramente la rubita—. Nada de eso. Por el contrario, en circunstancias normales esto no me sorprendería en absoluto. Pero, con todo este asunto de la libreta… No sé. Quizá no debimos eliminar a Terry Murdoc.

—El FBI estaba encima de él… —recordó Wong—. Teníamos

que matarlo antes de que lo atrapasen y nos delatase.

—Sí, sí, lo sé… Pero es tan extraño esto de la libreta… ¿De dónde obtuvimos la información, papá Wong?

—De los bajos fondos. Tenemos allá confidentes que conocen a confidentes de la Policía, del FBI, del
G-2,
de la CIA… Ya sabes. Siempre que pasa algo importante, no se sabe cómo, el rumor se extiende. Es normal, casi rutinario…

—Y a veces, falso. Hay rumores falsos, papá Wong.

Wong Li alzó las cejas, tomó la libreta original, y la mostró a Abigail.

—¿Esto es un rumor falso?

—No, claro… ¿Has conseguido descifrar algo?

—No… —Gruñó Wong—. Ni una palabra. ¿Crees que Wesley podría conseguir algo? Él tiene a mano códigos de claves del
G-2,
y…

—Demasiado arriesgado… —rechazó Abigail—. Al menos, yo lo pienso así, papá Wong.

—Pues necesitamos un experto, porque yo no puedo con esto. Y te aseguro que he descifrado en mi vida cosas que parecían imposibles, pequeña.

—Llama al experto.

—No me parece prudente —movió la cabeza Wong—, pero tendré que hacerlo, tarde o temprano… Esperaremos a mañana. Después de recibir la mercancía, tendré que pasar el informe, y entonces expondré el asunto por radio. Pero ya sabéis que tenemos prohibido ese contacto.

—¿Estás segura que no podríamos conseguir nada por medio de Wesley? —preguntó Mai Li.

—No he dicho eso. Wesley me dice todo lo que yo quiero… Pero lo de la libreta es arriesgado. Tendría que interesarse por las claves, quizá tomar notas… Demasiado arriesgado, Mai.

—Está bien… —zanjó la cuestión Wong—. Veremos qué pasa mañana. Y si no solucionamos nada, veremos de utilizar a Wesley Koster, como otras veces.

—Además, él tiene servicio de veinticuatro horas —añadió Abigail—. Ha entrado a las seis de esta tarde y no podrá salir hasta

las seis de la tarde de mañana. ¡Y no seré yo quien vaya a esa base naval llevándole la libreta a Wesley…!

CAPÍTULO VI

Wesley Koster llamó con los nudillos a la puerta de aquel despacho y entró. Se acercó a la mesa tras la cual estaba el coronel Wilcox, jefe del
G-2,
el servicio de Información de la Marina, y saludó elegantemente, sin mirar todavía a los tres hombres que acompañaban a su superior.

—A la orden, señor.

—Descanse, capitán —murmuró Wilcox—. Sé que está de servicio, pero le he llamado porque el asunto es realmente muy importante.

—Así lo supongo, señor.

—Bien… Ellos —fue señalando a los tres hombres de paisano— son los señores Morgan, Gurley y Coleman, del FBI. El inspector Morgan es el jefe de la Delegación en Honolulú.

Koster los miró entonces con atención, un poco tenso el rostro, expectante.

—Mucho gusto —murmuró.

—El gusto es nuestro, capitán Koster —sonrió a medias el inspector Morgan—. Hemos hablado ya con el coronel Wilcox y estamos seguros de que vamos a obtener la mayor cooperación por parte de la Marina… Especialmente, de un modo directo, de usted.

—¿Mi colaboración?

—Sí. Tenemos entendido que usted frecuenta con gran asiduidad la quinta de un tal Wong Li.

Wesley Koster palideció.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué…?

—Tranquilícese. Le ruego que me escuche con atención, eso es todo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Bien. Al parecer, la señorita Abigail Fowler y usted son novios,

¿no?

—En efecto. Bueno…, así lo pienso yo, al menos.

—¿Lo piensa usted? ¿Qué quiere decir?

—Pues… en realidad, le he pedido ya varias veces a Abigail que se case conmigo pero ella no ha aceptado. Tengo con frecuencia la impresión de que ella, simplemente lo pasa bien conmigo, pero estoy empezando a temer que considere nuestras relaciones con bastante menos seriedad que yo. Digamos… con menos trascendencia.

—Ya. Eso podría implicar que ella no le ama, capitán… ¿Le parece bien esta definición?

—En honor a la verdad, y muy a pesar mío, debo admitir que eso vengo pensando últimamente. Aunque —sonrió—, bueno, ella es muy joven y supongo que no siente grandes deseos de comprometerse de un modo definitivo. Seguramente son aprensiones mías. Inspector Morgan, ¿puedo saber qué ocurre?

—Se lo diré muy pronto. Dígame, capitán; ¿le hace muchas preguntas la señorita Fowler?

—¿Preguntas? ¿Sobre qué?

—Sobre su servicio en la Marina y sobre la Marina en sí.

Wesley parpadeó un tanto alterado.

—¿Qué está tratando de decir? —refunfuñó.

—Creo que debo explicárselo todo detalladamente en este mismo momento —susurró Morgan—. Imagino que tiene usted noticias de que en Vietnam, nuestros soldados suelen procurarse drogas con gran facilidad.

—Noticias muy exactas —replicó acremente Wesley—. Aparecen en revistas, periódicos, televisión…

—Eso es. Esas drogas son suministradas básicamente por gente que desea minar la moral de los soldados norteamericanos. La ganancia monetaria en sí, posiblemente, no les importe demasiado, aunque, por supuesto, no la desdeñan. Como es lógico, los altos jefes militares están intentando solucionar tan desdichada situación entre nuestras tropas en Vietnam, y en muy buena parte, que sepamos, lo están consiguiendo. Como consecuencia, la introducción de drogas entre el personal militar norteamericano se ha visto dificultada considerablemente, el consumo ha disminuido. Luego, hay otro factor que está perjudicando grandemente a las

personas encargadas de introducir drogas entre nuestros soldados de Vietnam, y es la periódica repatriación, que se va acelerando. Es muy posible, como usted debe saber, que a finales de este año, quizá antes, no quede prácticamente un solo soldado nuestro en Vietnam.

—Siempre se oyen esa clase de rumores —musitó Koster.

—Sí, lo sé. Pero, tarde o temprano, será cierto; nos iremos de Vietnam completamente. Entonces, esas personas encargadas de introducir drogas entre nuestros militares van a perder su negocio. Y, evidentemente, lo han previsto.

—¿Lo han… previsto?

—Eso pensamos. Últimamente, tenemos noticias de que están llegando importante cantidades de drogas a las Hawai, especialmente a Honolulú, donde, precisamente, están las más importantes bases militares de Estados Unidos en el Pacífico: Fort Russey, Kapalama, Fort Armstrong, Sand Island, Fort Shafter, Aliamanu, Camp Catlin, Hickam, Kameamea… y especialmente todo el conjunto de Pearl Harbor. Bueno —sonrió desganadamente Morgan—. No creo que yo tenga que explicarle a usted la importancia militar de Honolulú, capitán.

—No, señor.

—Hay mucho personal militar… Mucho. Así que, como le decía, están llegando cantidades importantes de drogas con destino a ese personal militar. ¿Lo entiende?

Un poco pálido, Wesley Koster reflexionó unos segundos, antes de murmurar:

—¿Quiere usted decir que las drogas que antes consumían nuestros soldados en Vietnam… están siendo trasladadas a las Hawai?

—Exactamente. Como acabo de decirle, el negocio se está terminando en Vietnam, y muy pronto será prácticamente nulo. No sólo como tal negocio económico en sí, sino que las personas creadoras de este suministro perderán la ocasión de seguir minando la moral de considerables cantidades de personal militar norteamericano. Quien se habitúa a las drogas difícilmente puede luego prescindir de ellas. De tal modo que, todo ese personal militar va a crear gravísimos problemas cuando regresen a Estados Unidos; si siguen en el Ejército, serán un continuo peligro para éste y lo

mismo si regresan a la vida civil con respecto a sus familiares, amigos, empleados o subalternos… Es como un reguero de pólvora que iría recorriendo todo el país.

—Sí, sí, entiendo eso, desde luego. ¿Quién o quiénes están realizando esa… maniobra?

—China —gruñó el coronel Wilcox.

—Eso se dice en voz muy baja, coronel —sonrió Morgan—. De todos modos, esa cuestión no debemos resolverla nosotros. Pero sí corresponde al FBI vigilar la… integridad interior del país. Y eso es lo que estamos haciendo. Grandes cantidades de drogas están llegando a las Hawai, procedentes de los sobrantes cada vez mayores de Vietnam… Puesto que nuestros soldados se marchan, los proveedores trasladan también su negocio. Y lo están trasladando aquí, a las Hawai, donde hay mucho personal militar, cuya moral y dignidad se proponen destruir. Es… un ataque taimado, diabólico, y lento; pero terriblemente efectivo, a la larga.

Wesley Koster asintió con la cabeza, mientras su mirada, expresando incredulidad y temor a la vez, permanecía fija en el inspector Morgan.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —susurró.

—Con usted creemos que nada.

—¿Entonces?

—Nos gustaría que usted nos hablase extensamente sobre el señor Wong Li y su hija Mai Li.

—Pero yo no tengo mucho trato con ellos, realmente. Quien me interesa de esa casa es Abigail. Su madre se casó con Wong y…

—Toda esa historia la conocemos ya, capitán. Desde anoche estamos investigando sobre Wong Li y sus actuales actividades. Parece que no hay nada sospechoso, pero nosotros tenemos la evidencia de que él está relacionado con el asunto. Al parecer, es un hombre culto e inteligente y eso podría definirlo perfectamente como el agente chino ideal para esta clase de trabajos: contrabando de drogas que producen considerable cantidad de dólares y al mismo tiempo, degradación sistemática de la mayor cantidad posible de militares norteamericanos. ¿Se da cuenta? Si Wong Li ha sido encargado de dirigir esta doble operación en las Hawai, nosotros nos resistimos a creer que alguien de su casa no esté enterado de todo.

—¿Quiere decir… que Abigail podría estar complicada en todo esto? —exclamó Koster.

—Es una posibilidad que debemos tener en cuenta.

—¡Usted está loco! —Palideció Koster—. Ella es americana y de ninguna manera…

—Capitán, modere sus emociones —pidió secamente el coronel Wilcox.

—Lo siento, señor. Pero es que…

—No tiene importancia —aseguró Morgan benévolo—. Es fácil de comprender… y disculpar la reacción del capitán, sabiendo que ama a la señorita Fowler. Pero, capitán, se supone sin lugar a dudas que usted también ama a su patria. ¿O no?

—Por supuesto —alzó la barbilla Wesley.

—En ese caso, usted querrá colaborar con nosotros para llegar al fondo de este asunto. En realidad, lo tenemos todo decidido y preparado, pero nos gustaría que usted corroborase algunos supuestos que hemos confeccionado.

—¿Qué supuestos?

—Wong Li y su gente trabajan con un máximo de seguridad. Y eso puede significar un conocimiento muy exacto de los movimientos y disposiciones de vigilancia y control marítimo por parte de nuestra Marina.

Wesley quedó estupefacto. Y de pronto, sonrió.

—¿Y soy yo quien le facilita a Wong Li…?

—No, no, no, por favor —interrumpió vivamente Morgan—. Nos estamos refiriendo a la señorita Fowler. Por eso le hemos preguntado antes a usted si ella suele hacerle muchas preguntas. Y ya sabe usted a qué clase de preguntas nos referimos… ¿Suele hacerle preguntas de ésas la señorita Fowler?

Wesley estaba palidísimo.

—Sí. Pe-pero no… Nunca se me ha ocurrido que… Bueno, a veces, cuando estamos tomando unas copas en mi apartamento de la ciudad, ella me hace muchas preguntas, pero… siempre parece que es por su interés por mí, por mi trabajo.

—¿Y usted las contesta todas, capitán?

—Sí… Que yo sepa, no se ha hecho secreto militar de nada, y nunca he creído que hablar de mi trabajo o de cómo funciona la vigilancia o… ¡Por Dios no es posible que Abigail tenga algo que

ver con esto! ¡Esos malditos chinos son los que…!

—Nos consta que la señorita Fowler está enterada de todo, capitán —interrumpió suavemente Morgan.

—¿Les consta? ¿Cómo? ¿Cómo pueden asegurar una cosa tan… tan horrible como ésa de ella?

—Mire, las personas con dinero jamás retrocederán ante nada que siga proporcionándoles su ritmo de vida, capitán. Siempre hay excepciones, pero, desdichadamente, el caso de Abigail Fowler no es esa excepción. Ella sabe lo de las drogas, y por supuesto, no le da ninguna importancia. ¿Qué le importa a ella todo ese asunto? Lo único que le importa es vivir. Vivir espléndidamente, claro. Y al parecer, eso lo está consiguiendo aceptando y quizá colaborando con las actividades de su padrastro, el señor Wong Li.

—Ustedes no puedes hablar así de Abigail sin tener la seguridad más absoluta de que todo es cierto, inspector.

—Ya le digo que la tenemos. Su postura e intervención en este asunto quedó claramente definida para nuestro hombre durante la conversación con ella.

—¿Nuestro hombre? ¿De quién está hablando?

—De Sidney Gannon, naturalmente.

—¡Gannon! Ése es el sujeto que esta mañana vi en la quinta y… ¿Gannon es del FBI?

—Por supuesto, capitán.

—Pero… no comprendo… ¿Qué hace con esa gente? ¿Cómo ha podido llegar hasta ellos?

—Con la debida modestia —sonrió secamente Morgan— debo advertir que todo ha sido posible gracias a un plan elaborado por el FBI. Por mí, concretamente. Hacía ya semanas que teníamos confidencias por una nueva vía muy considerable de entrada de drogas en las Hawai, y hace unos días por conductos confidenciales, nos llegó un nombre: Terry Murdoc. ¿Lo conocía usted?

—Pues…, no. No lo recuerdo.

—Está claro que trabajaba para Wong Li. «Ahora» está claro… Nos dedicamos a vigilarlo estrechamente, con el propósito de asustarlo para ver si nos conducía hasta alguien más importante que él. A tal fin, pusimos a un agente siempre tras él… Esperábamos que lo burlase y entonces, los otros dos agentes que también le vigilaban, pero mucho más discretamente, lo habrían seguido. Y así

sucedió; nuestro primer hombre se dejó burlar. Terry Murdoc se creyó muy listo, y desde un teléfono público hizo una llamada cuando se creyó libre de vigilancia. Nuestros otros dos agentes comprendieron que estaba explicando lo ocurrido y pidiendo instrucciones. Las instrucciones debieron ser que se dirigiese al Ala Moana Canal, donde seguramente le habían dicho que lo recogerían, pero… lo que hicieron fue matarlo, con tal habilidad que nuestros agentes no pudieron hacer nada, ni ver al asesino. Esto fue un grave contratiempo, pero, pensando, pensando, tuve la idea de la libreta.

—¿Qué libreta?

—Una en la cual se suponía que Terry Murdoc tenía hechas muy importantes anotaciones. Una libreta que inventé yo, y sobre cuya existencia me aseguré de que corrían rumores muy importantes por el ambiente de las confidencias. Entonces, necesitábamos a un hombre que no fuese conocido en las Hawai y lo pedimos a San Francisco.

—¿Sidney Gannon?

—Sí. Lo preparamos todo creo que muy bien, aunque a Gurley y Coleman les costó unos cuantos golpes —señaló sonriendo a los dos silenciosos g-men que le acompañaban, en cuyo rostro ya había notado Wesley huellas de golpes—. Fue una bonita pelea, según entendí.

—Ese Gannon es una bestia pegando —aseguró Gurley sonriendo—. Todavía se me mueven algunos dientes.

—¿Fingieron ustedes una pelea? —murmuró Wesley.

—¡Y qué pelea! Pero, había que hacerlo, para ver de introducir a Gannon entre esa gente. Naturalmente, debían estar vigilando la cabaña de Murdoc, o a nosotros, por si encontrábamos la libreta. Teníamos esa esperanza. Y se cumplió.

—Sí —asintió Morgan—. Salió todo estupendamente, capitán. Aunque no sin riesgo para Sidney Gannon, que anoche tuvo que matar a dos sujetos, llamados Hange y Warden, de cuyos cadáveres nos hicimos cargo después que él nos llamó por teléfono para darnos indicaciones al respecto… y para pedirnos que localizásemos al propietario de cierto coche cuya matrícula nos proporcionó. El coche en el que había conocido a Mai Li, hija de Wong Li. Lo

encontramos, naturalmente, le llamamos al mismo sitio desde donde él telefoneaba, y le informamos. Yo comencé a sugerirle a Gannon la conveniencia de ir todos a la quinta de Wong Li, pero él me convenció de que era mejor su plan. Iría él solo, estudiaría el terreno y a su debido tiempo nos pasaría la información más adecuada para nuestra actitud. Así ha sido; no hace mucho nos ha llamado para decirnos que mañana por la noche va a tener trabajo. Esto es, que nosotros deducimos que mañana por la noche habrá gran movimiento en el grupo de Wong Li. Como es natural, desde esta mañana tenemos vigilada la quinta y a todos sus ocupantes.

—Entonces, ustedes me vieron en la quinta y luego cuando salí con Abigail hacia Popoia Island.

—Por supuesto. Los hemos estado vigilando en todo momento. Y respaldando a Gannon, que parece haberlo pasado… espléndidamente.

—¿Espléndidamente? Pueden matarlo en cualquier momento.

—Ideamos un sistema de seguridad haciendo creer a Wong Li no sólo que Gannon era amigo de Murdoc y que tenía su libreta, sino que Gannon es tan despabilado que ha obtenido varías fotocopias de esa libreta. Esas fotocopias son su seguro de vida.

—Además —dijo Coleman— por lo que sé de ese chico, no les sería fácil liquidarlo. No sólo las referencias y datos sobre él que nos enviaron, sino que me remito a las pruebas: quisieron matarle dos tipos armados y les quitó de en medio como si fuesen moscas… Yo diría que es todo un veterano, señor.

—Eso parece —sonrió Morgan.

—A mí me pareció… un granuja —murmuró Wesley.

—En nuestro trabajo —sonrió de nuevo Morgan— hay que parecer lo que conviene, capitán.

Wesley asintió con la cabeza. De pronto sus ojos brillaron duramente.

—Señor —se volvió hacia el coronel Wilcox—. Solicito permiso para abandonar mi servicio. Cualquier compañero me sustituirá.

—¿Qué se propone usted? —Frunció el ceño Morgan.

—Voy a ir a ver a Abigail para…

—¡De ninguna manera! —Respingó Morgan—. Ni pensarlo, vamos. Nadie tiene que hacer nada diferente a lo que se supone que debe hacer, capitán.

—Pero…

—No, no, no. Usted cumplirá su servicio con toda normalidad, y luego hará lo de costumbre. Sólo eso. ¿Cuándo tiene que volver a ver a Abigail Fowler?

—Pasado mañana por la mañana. Mañana termino a las seis de la tarde, y después de todo un día de servicio acostumbro descansar en mi apartamento hasta el día siguiente, en que voy a buscarla para salir por ahí… como hoy, ya saben —gruñó.

—Pues no alterará usted ni un solo detalle de esas costumbres. Y por supuesto, capitán, nada de llamar a la señorita Fowler por teléfono. Podría estropearlo todo Mire, tenemos vigilada la villa, a todo el que entra o salte, y por si le interesa tenemos intervenido el teléfono. Ésta es la situación. Ahora, vamos a esperar a mañana a ver qué hacen, ya que Gannon, en su última llamada de hace un par de horas, no sabe nada concreto. Y por fin, capitán, llegamos al motivo básico de nuestra decisión de aclarar las cosas con usted, el motivo por el cual hemos tenido que ponerle al corriente. En primer lugar sabemos ya que la señorita Fowler le sonsaca muy hábilmente. Entonces… ¿Qué le ha preguntado hoy?

—Bueno… Hemos hablado de tantas cosas…

—Sin duda. Pero si, como suponemos, mañana esperan una gran partida de drogas, quizá ella se haya interesado por determinada zona de la costa, o del interior de la isla.

—Entiendo. Pero… me ha preguntado de todo, como siempre.

—Sí, claro… Es muy lista. Entre todo lo que le haya sonsacado, estará la información que ellos precisan, pero no podemos saber cuál es. Lástima, porque eso habría facilitado mucho las cosas. Los habríamos esperado por allí, y los habríamos cazado a todos, que es nuestro objetivo inmediato.

—Menos mal que le regalamos a Gannon unos zapatos, señor —dijo Gurley.

—¿Unos zapatos? —se desconcertó Wesley.

—Sí. En el tacón de uno de ellos, Gannon lleva un pequeño emisor de señales, que nosotros podremos seguir en todo momento. Nos llevarán al lugar donde reciben las drogas. Y cuando estén en plena reunión, atacaremos. Si usted nos hubiese podido indicar el lugar por el que la señorita Fowler sentía hoy especial interés, habríamos preparado el recibimiento, pero así, tendremos que

conformarnos con rastrear con el receptor el zapato de Gannon. No será lo mismo, pero, si algunos escapan, ya sabemos dónde ir a buscarles.

—Sí, entiendo… Lamento no poder ayudarles, pero…

—No se preocupe. Naturalmente, ellos son muy listos, saben hacer las cosas, capitán.

—Sí… Bien…, creo que debo… empezar a admitir que Abigail se ha estado burlando de mí. ¿No es eso? —Los fue mirando a todos, que tuvieron la delicadeza de no contestar; Wesley Koster encogió los hombros y sonrió desganadamente murmurando—. Volveré a mi servicio, si no tiene nada que ordenar, mi coronel.

—Nada, capitán —negó Wilcox, con tono afectuoso—. Gracias por todo. Y, por favor, aténgase a las recomendaciones del inspector Morgan.

—Sí, señor. A la orden, señor.

Saludó y abandonó el despacho. Durante unos segundos, nadie dijo nada. Por fin, Coleman exteriorizó su disgusto.

—No es el primer buen muchacho al que toman el pelo.

—Es lamentable, pero cierto —asintió Morgan—. Es una lástima que no nos haya podido concretar ningún lugar por el que sintiese interés esa… romántica jovencita. Podíamos haberle ahorrado el disgusto por el momento, pero teníamos que intentarlo, ya que con Gannon no han sido tampoco explícitos al respecto.

Gurley sonrió hoscamente.

—Al menos —comentó—, tenemos los zapatos de Gannon.

CAPÍTULO VII

Se puso los zapatos, se abrochó los pantalones y fue a abrir la puerta. En el umbral, Mai Li abrió la boca para hablar, pero se quedó así boquiabierta una vez más, al contemplar la imponente musculatura del hombre que decía tener el domicilio en la celda 3113 del Penal de Alcatraz.

—Pasa —sonrió Gannon—. Estaba durmiendo un rato, a falta de hacer algo mejor.

Ella entró, él cerró la puerta y la rodeó con sus brazos, besándola en la boca, profundamente…

—Sidney —se apartó ella, jadeando—. No es momento…

—¿No? —Gruñó él—. Está bien, llevo todo el día esperándote…

—Ya te dije que te llamaría o vendría a por ti cuando fuese el momento.

—Sí, claro. ¿Ha llegado el momento entonces?

—Nos están esperando.

—Okay. Estoy listo en un minuto.

—¿Cómo has pasado el día?

—Aburrido como un conejo en un recital de ópera, sin moverme de aquí, tal como me dijiste. Tenía la esperanza de que me llamarías.

—El día de recepción siempre tengo pequeños detalles que atender. Especialmente la radio, ya que solamente mi padre y yo hablamos chino en el grupo.

—¿Tenéis una radio? ¿Para qué?

—Tenemos «varias» radios, instaladas en los lugares convenientes.

—Caracoles, sí que estáis bien organizados, Mai. Pero no entiendo para qué necesitamos radios en este negocio.

—Te irás enterando de todo poco a poco. Date prisa, tenemos que cruzar la isla.

—¿Hacia dónde?

Mai Li sonrió. Gannon refunfuñó algo y terminó de vestirse. Se metió la pistola en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta y señaló la puerta.

—Mueve tus soportes —dijo.

—¿Mis qué…?

—Los pies, las piernas. Quiero decir que nos vamos.

Poco después, salían del hotel y Mai Li señaló su coche estacionado muy cerca; el coche que ella siempre utilizaba y cuya matrícula se sabía Sid Gannon de memoria. Seguramente, nunca la olvidaría.

No había nadie más en el coche. Mai Li se puso al volante, y partieron inmediatamente. Media hora más tarde, salían de Honolulú por la Estatal 90, hasta el cruce con la 72 en Aiea, desde la cual siguieron por la 99 en dirección a Pearl City, Waipio, Wahiawa… Antes de llegar a esta localidad, muy cerca del cruce con la Estatal 80, Mai Li se desvió a la derecha por un camino pintoresco. A la izquierda, al fondo, se veían refulgentes de sol rojo, las aguas del caudaloso South Fork Kaukonahua, que llegaban espejando entre la selva desde el Puu Kaaumakua… El paisaje era tan impresionante que Sidney Gannon no tuvo que hacer el menor esfuerzo para permanecer callado, atónito en verdad, mirando al río y al mar, lejano, azul, salpicado profusamente por crestas blancas que parecían teñirse del rojo tono del velocísimo crepúsculo tropical.

Cuando Mai Li detuvo el coche en un sombrío rincón apartado, entre altos árboles y espesos arbustos, la miró desconcertado, pero ella se limitó a sonreír y apretó por tres veces el claxon.

—Salgamos —dijo.

Se apeó, esperó a que lo hiciera Sidney Gannon y cerró el coche. Luego, a pie, regresaron al camino… en el cual, muy poco después, apareció procedente del interior de la selva otro coche, más grande, oscuro. Se detuvo junto a ellos y la puerta de atrás se abrió. En pocos segundos, Gannon se encontró sentado junto a Wong Li a su izquierda y Mai Li a su derecha. Delante iban el conductor y otro hombre, uno de los criados de la quinta. Es decir, que, según sus cuentas, allí sólo habían quedado dos. Y la bonita y rubia Abigail, por supuesto… ¿O no?

—¿Y la señorita Fowler? —preguntó.

—Atendiendo la radio —sonrió Wong Li.

—Ah… ¿Ella también habla chino?

—Muy poco. No para engañar a un chino, pero sí para hacerse entender. De todos modos, el contacto con Abigail será sólo con nosotros… Y sólo si es imprescindible.

—Quizá le parezca tonto, señor Wong, pero no entiendo nada de nada.

—No, no, Gannon, no es tonto. Creo que ha llegado el momento que le dé algunas explicaciones… Nosotros tenemos en la quinta una radioemisora por medio de la cual somos informados de la llegada de los cargamentos. Entonces, nosotros indicamos el lugar en que vamos a recogerlo y nos lo envían allí.

—¿Lo envían? ¿Cómo? ¿Desde dónde?

—Digamos que el cargamento llega desde el mar.

—Ah. Sigo sin entender, pero bueno, usted siga hablando.

—El cargamento llega desde el mar, en una lancha. Luego, la lancha regresa al mar. Y eso es todo, por esa parte. Mientras nosotros nos hacemos cargo del envío, Abigail está en la casa, tranquilamente. Pero si algo sucediese allí, ella nos avisaría. Y si, por el contrario, fuésemos nosotros quienes tuviésemos algún contratiempo, en el sitio de recogida, la avisaríamos a ella. De este modo, o ella nos ayudaría a nosotros, o nosotros a ella. Es… una simple medida de emergencia para solventar cualquier dificultad.

—Usted sí que es un tío listo —sonrió Gannon—. Me parece estupendo todo eso. Bueno, ¿qué más?

—Si no hay contratiempos, como viene sucediendo hasta ahora, todo lo que queda por hacer es distribuir el cargamento entre los vendedores directos, y cada cual se va por su lado, a la zona que le corresponde. Ése será su trabajo, Gannon: distribuir las drogas entre el personal militar de la zona que le hemos asignado.

—Entiendo. Bueno, no es nada nuevo para mí… salvo en lo que voy a cobrar. Y en eso del personal militar. ¿Qué quiere decir?

—Que las drogas que se le confíen para su distribución solamente deberá entregarlas a personal militar norteamericano.

—¿A civiles no?

—No.

—Caracoles… ¿Y por qué?

—Porque eso es lo que yo le ordeno. En principio, pensé en confiarle la zona de Kuliouou, pero no quiero cometer el error de menospreciarle, así que se ocupará nada menos que de Kaimuki, que incluye la Reserva Militar de Fort Ruger…

—Escuche, señor Wong: yo no conozco bien Honolulú y en cuanto a eso de los militares, desde que dejé los Marines no he vuelto a…

—No se preocupe por eso. Naturalmente, tendrá un plano adecuado del distrito de Kaimuki. Y en cuanto al personal militar al que proveerá de drogas, se le harán también las indicaciones oportunas.

—¿Indicaciones? ¿Se refiere a nombres de clientes?

—Sí. Tenemos un… magnífico servicio de asesoría al respecto. Sabemos siempre, en todo momento, quiénes nos van a comprar drogas sin vacilar. Conocemos sus nombres, sus peculiaridades… Muchas cosas. Nunca fallamos. Nuestro servicio de asesoría es impecable.

—¿Y quién presta ese servicio?

Wong Li lo miró fijamente, sonrió y eso fue todo respecto a la pregunta de Sidney.

—Naturalmente, usted no deberá poner grandes dificultades a los clientes que no tengan dinero alguna que otra vez —siguió con su explicación—. Nuestro objetivo principal es tenerlos contentos, que no carezcan de drogas…

—¿Aunque no paguen? —exclamó Gannon.

—Oh, siempre pagan… Pero si alguna vez no pueden hacerlo, usted deberá seguir proporcionándoles drogas… salvo indicaciones mías en sentido contrario. Depende, generalmente, de la graduación del militar en cuestión. ¿Va comprendiendo?

—Cuando más alto su grado, más crédito —sonrió Gannon.

—Exactamente. De un modo u otro, ellos pagan siempre… Y cuanto más alta su graduación, más alto suele ser su pago…

—Oiga —rió Gannon—, ¿sabe qué se me está ocurriendo?

—¿Qué?

—Es una majadería, claro, pero… Bueno, si no lo digo, reviento: se me está ocurriendo que usted, más que un simple contrabandista de drogas, es un espía que está convirtiendo en drogadictos a los soldados norteamericanos y que, además de cobrar con dinero,

consigue información muy abundante de los que alguna que otra vez no pueden pagar en dólares… ¡Caracoles, soy un tipo con una imaginación formidable!, ¿no le parece?

Dentro del coche, no hubo el menor vestigio de que alguien fuese a corear la risa de Sidney Gannon. Simplemente, excepto el conductor, todos le miraban fijamente, atentamente… Por fin, Wong Li sonrió con exquisita amabilidad.

—Desde luego, es una majadería, Gannon. Y su imaginación es formidable… Ya lo ha demostrado con su truco sobre la libreta. De todos modos, debo decirle que a mí me gustan los hombres con imaginación, ya que ésta, en general, suele ser signo de notable inteligencia.

—¡Caracoles! —exclamó Gannon, sonriendo anchamente.

—Hija mía —Wong Li se inclinó para mirar a Mai Li por delante del pecho de Gannon, y habló en chino—, mucho me temo que esta vez nos han ganado la partida.

—Así parece, padre. Este hombre es demasiado listo.

—Sí… —sonrió también Wong Li—. Demasiado. Me duele admitirlo, pero estoy seguro de que nos han tendido una formidable trampa en la que hemos caído de lleno.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo primero avisar a Abigail en cuanto lleguemos a la gruta, utilizando la radio. Conviene saber qué ha podido ocurrir allí… Pero presiento que tendremos que huir a toda prisa. Si este hombre trabaja para quien sospechamos, deben estar siguiéndonos, controlándonos por cualquier sistema. Tenemos que obrar con gran cautela y seguridad… Si nos están controlando, no harán nada mientras estemos esperando el cargamento. Y cuando llegue, tenemos que obrar con gran rapidez: saltaremos a la lancha y nos haremos llevar al submarino aceptando nuestra derrota. Si Abigail tiene tiempo de reunirse con nosotros, bien. Si no… lo siento por ella, pero ya, nosotros sólo podemos huir.

—Es muy lamentable —sonrió de nuevo Mai Li, en obsequio de Gannon, que miraba de una a otro con el ceño fruncido—. Pero supongo que antes de marcharnos mataremos a este hombre.

—Por supuesto.

—Te ruego que me permitas hacerlo a mí, padre.

—Con gran placer, hija mía.

—El placer será mío —sonrió de nuevo Mai Li dulcemente—. Es una lástima abandonarlo todo, pero supongo que tienes razón, que nos han descubierto.

—De haber sospechado antes esto, habríamos venido con la lancha que tenemos en el escondite de Nanakuli. Y si alguien intentaba detenernos una vez en ella, se habría llevado un serio disgusto. Es veloz, está bien armada con lanzagranadas y fusiles… La verdad es que estaba seguro de que jamás tendríamos que utilizarla… y ahora sería el vehículo ideal para llegar al submarino. En fin, tendremos que utilizar la que envíen con las drogas.

—¿Qué piensas decidir sobre los hombres que trabajan para nosotros?

—Simplemente, los dejaremos allí y nos iremos. Ésta, hija mía, va a ser una fuga vergonzosa en toda la regla, perdiéndolo todo, abandonándolo todo… Es lo único que debe preocuparnos: escapar. Lo demás está todo perdido.

—¿Y si nos estuviésemos equivocando, padre?

—Lo dudo. De todos modos, aún tenemos que llamar a Abigail. Ya veremos qué dice. En cuanto lleguemos a la gruta, nos pondremos en contacto con ella. Quizá yo me esté alarmando en vano, y simplemente este hombre sea listo y charlatán, pero francamente, temo que no es así. De modo que simulemos no sospechar ni desconfiar y así quizá podamos escapar. Es nuestra única oportunidad, porque si este hombre es lo que sospechamos, no estará solo. No… No estará solo: te habrán seguido a ti, a mí… Hay que escapar, Mai Li. Solamente podemos hacer eso, y no…

—Pero oigan —masculló Gannon—, ¿por qué demonios no hablan de modo que todos les entendamos?

—Tiene razón… —rió magistralmente Wong Li—. Estaba hablando con Mai Li de la inteligencia de usted, cosa que parece satisfacerla mucho, Gannon. Hasta el punto de que me ha propuesto concederle alguna oportunidad para convertirlo en mi socio. Lo cual, si adivino cómo están las cosas entre usted y mi hija, pues… Bueno, ya hablaremos de esto en otro momento, ¿le parece?

—Cuando usted quiera —murmuró Gannon.

—También estábamos hablando de que, naturalmente, usted deberá alquilar una casa. Nada de vivir en un hotel, ni en un apartamento.

—¿Supone eso que yo deberé tener las drogas conmigo?

—Inevitablemente.

—Eso es muy arriesgado, señor Wong.

—No tanto como piensa. Tenemos nuestro sistema. Claro que no es genial, ni nada del otro mundo, pero hasta ahora nos ha estado dando resultado.

—¿Qué sistema es ése?

—En el lugar más conveniente de la casa se le instalará una especie de pequeño pozo que nadie sería capaz de descubrir. Con una caja metálica bajo el piso, cubierta normalmente por las baldosas… Sólo usted podrá abrirla, y le aseguro que jamás nadie podrá descubrirlo. Al menos, así ha ocurrido hasta ahora. Por ejemplo, el FBI tiene que haber registrado concienzudamente la cabaña de nuestro desafortunado amigo Terry Murdoc, y, sin embargo, tenemos la certidumbre de que no ha conseguido encontrar ese escondrijo, en el cual, por su parte, ya debía quedar muy poca mercancía. Si el envío de esta noche no llegase, nos veríamos en apuros para abastecer a nuestros clientes durante los próximos treinta días.

—Entiendo.

—Otra cosa que deberá tener muy en cuenta es que nuestro personal nunca se mete en líos de ninguna clase, Gannon. Nunca, por ningún motivo. Le digo esto porque usted parece un hombre… de mal genio. Si en cualquier momento se dejase llevar por él, podría complicarnos la vida a todos. Así que su vida será tranquila, anodina, no tendrá amigos… ¿Me comprende?

—Por supuesto. ¿Todavía no puedo saber adónde vamos, o si falta mucho para llegar?

—No es bueno ir de prisa por estas carreteras, y menos, de noche. Calculo que aún tardaremos media hora. Y vamos al otro lado de la isla, a una playa cercana a Kawailoa Beach… ¿Conoce el lugar?

—No. Nunca antes había estado en las Hawai… Y lo siento de veras. Aquí he encontrado lo mejor de toda mi vida… en todos los aspectos.

Wong Li sonrió y no dijo nada más, simulando no darse cuenta de que su hija, en la oscuridad del coche, tomaba una mano de Sidney Gannon y la apretaba.

Había que hacer bien las cosas, que Gannon no sospechase en ningún momento sus propósitos de fuga. Una fuga forzada precisamente por toda la labor que, estaba seguro, había sido realizada por el hombre que tenía a su lado.

Era de esperar que antes de escapar hacia el submarino del cual procedía la lancha con las drogas, Mai Li supiese dar una muerte adecuada a Sidney Gannon.

CAPÍTULO VIII

—Hemos llegado.

El coche se había detenido y Gannon parpadeó al escuchar la voz del hombre que le conducía. La oscuridad era absoluta en aquel lugar y también el silencio. Pero cuando se apearon todos del coche, Sidney oyó un rumor de agua cayendo, y la luz de las estrellas y la lima fue suficiente para poder caminar sin riesgos, saliendo de aquel grupo espeso de árboles. Entonces, al fondo, vio el brillo color naranja de la luna sobre el mar. Y bastante más lejos, a la derecha, las luces de una población… Seguramente, Kawailoa Beach.

—Haz la señal —dijo Wong Li.

El criado de la casa que les acompañaba sacó una pequeña linterna y envió su luz, en señal convenida, hacia donde se oía el rumor del agua cayendo. Inmediatamente, la oscuridad fue perforada allá por la luz de otra linterna produciendo una señal idéntica.

—Ahí están, señor. Todo bien.

Wong Li asintió con la cabeza y echó a andar cuidadosamente en aquella dirección, a campo través, ya que, por supuesto, habían salido de la carretera un par de minutos antes. Tras él fueron el criado y el hombre que había conducido el coche. En último lugar, Mai Li y Sidney Gannon, tomados de la mano.

A medida que avanzaban, iban oyendo con más fuerza el rumor de la cascada, cuyos reflejos comenzaron a vislumbrar muy pronto. Y finalmente, llegaron ante ella…

El hombre que había contestado a la señal, apareció ante ellos, acercándose inmediatamente a Wong Li.

—Ha llegado un mensaje por la radio, señor Li.

Wong tomó el papel, aceptó la linterna que le tendía el hombre, y puso el papel bajo la luz. Sidney Gannon se apresuró a acercarse y consiguió echar un vistazo al papel… Pero todo lo que vio fueron

números y letras escritos, mezclados.

—¿Ahí pone algo? —exclamó.

—Nosotros también tenemos nuestro sistema de claves, Gannon —dijo amablemente Wong Li—. Es muy conveniente sobre todo cuando se utiliza el morse, ya que estas señales alcanzan mucho más lejos, y pueden ser captadas cualquiera sabe por quién.

—Creí que era una radioemisora de…

—De señales, simplemente. Es mucho menos pesada por su menor necesidad de baterías y además evitamos que alguien pudiera en determinado momento identificar nuestras voces.

—Sí, claro… Bueno, ¿qué dice ahí?

—Es de Abigail, naturalmente. Y dice que todo va bien. Mai, por favor, léelo tú también y dime si me equivoco.

Mai Li tomó el papel y lo leyó a la luz de la linterna. La clave, para ella, no tenía secretos, por supuesto. Así que, casi con la misma rapidez que si fuese escritura corriente, leyó para sí el mensaje recibido:

> «He sabido que el FBI y el
> G-2
> están al corriente de todo. Voy a intentar escapar y llegar al escondite de otra emisora. Os diré dónde estoy si consigo llegar a ella. Si dentro de una hora no llamo, escapad vosotros, porque todo estará perdido. Ab».

—Sí… —dijo alegremente Mai Li—. Lo has leído correctamente, padre: todo va bien, por ahora.

—Espléndido —dijo alegremente a su vez Wong Li—. Pero convendría efectuar una nueva comunicación con ella. ¿Cuánto hace que recibiste este mensaje, Chérol?

—A poco de llegar. Esta vez me tocaba a mi llegar el primero para atender la emisora, como hacemos siempre por si usted decide dar contraorden para que nos retiremos… Debe hacer casi hora y media.

—¿Ningún mensaje más? —susurró Wong, conservando la serenidad admirablemente.

—No, señor, ninguno.

—Bien, eso significa que va todo normal. Pero, por si acaso, comunicaré con nuestro enlace en Honolulú notificándole que tampoco aquí hay novedad. Conviene que siempre estemos todos tranquilos.

—Sí, señor —sonrió Chérol.

—¿Los demás están en la gruta?

—Sí, señor, esperando… ¿A qué hora llegará hoy el cargamento?

—A las once en punto. Es decir, dentro de poco más de media hora. Será mejor que todos vayamos ahora a la gruta. Luego, bajaremos a la playa. Una vez tengamos el cargamento, cada cual se irá por su lado, como siempre, utilizando su propio medio de transporte. ¿Ha habido alguna dificultad sobre esto?

—No, señor, ninguna. Todos tenemos nuestros coches escondidos por aquí cerca.

—De acuerdo. Todo perfecto, como siempre. Vamos allá.

—Ten cuidado —rió Mai Li, tomando nuevamente una mano a Gannon—, o te mojarás más que un pez, Sid.

—¿Es que va a llover?

Mai Li rió quedamente, tiró de la mano de él, y quedaron rezagados. Era muy romántico aquello, con la luz de la luna, el rumor de las cascada…

—No, Sid…

—Vamos a la gruta…

Otra vez le tomó de la mano, y Gannon se dejó guiar. Caminaron junto al arroyo, hasta la cascada que despedía una finísima lluvia de agua pulverizada, fría. Colocándose al lado, pasaron bajo la caída de agua, es decir, por detrás, teniéndola ante ellos como una cortina rugiente y helada. De pronto, Mai Li retrocedió, tirando de Sidney Gannon hacia la gran cavidad rocosa que había tras la cascada. Gannon se volvió y, hacia el fondo, vio un leve resplandor.

—Caracoles —murmuró.

—¿No es un escondite formidable? —rió Mai Li, dulcemente—. Nadie que pudiera pasar por aquí tendría la idea de mirar detrás de la cascada…

—¿Ni siquiera los nativos?

—Los nativos ya no son como aparecen en las películas, amor. Si sienten interés por la cascada, vienen y se bañan, pero eso es todo. Precisamente porque éste es un lugar muy visitado sobre todo por

turistas, estamos tranquilos. Incluso sabemos que algunos se han adentrado en la grata, Pero la radio está bien escondida… Vamos. Mi padre debe estar ya enviando el mensaje a Abigail.

Se dirigieron hacia el fondo de la gruta. El resplandor procedía de un quinqué de gas y a su luz, Sidney Gannon vio a varios hombres esperando silenciosos a que Wong Li terminase de transmitir en morse. La emisora estaba en un hueco de la pared y cuando Wong terminó, la empujó hacia atrás; luego, no sin esfuerzo, colocó una roca en el hueco.

—Bien… —se volvió sonriente—. ¿Todos preparados?

Hubo asentimientos de cabeza. Gannon iba mirando uno a uno a todos los hombres allí reunidos. En total eran ocho exactamente. Cuatro de ellos norteamericanos, sin ninguna duda. Chérol parecía francés, seguramente procedente de Tahiti. Había dos tan rubios que pensó que eran holandeses, o quizá alemanes. Y por último, un nativo mestizo, enorme, sonriente, fortísimo; parecía no menos inteligente que los demás, por supuesto. Un buen grupo, sin duda alguna. Un buen grupo magníficamente organizado…

—Esperaremos diez minutos —dijo Wong, consultando su reloj — y bajaremos a la playa. De este modo estaremos allí el menor tiempo posible.

Todo estaba dispuesto.

—Hacía apenas tres minutos que habían llegado a la playa cuando comenzaron a oír el motor de una veloz embarcación acercándose. Sidney Gannon miró mar adentro, pero no vio ninguna luz de navegación…

—Los demás, quietos aquí… —dijo Wong Li—. Nosotros iremos a la playa para asegurarnos de que todo está bien. Ven, Mai Li. Y usted también, Gannon.

Los otros se quedaron entre las palmeras, mientras ellos tres caminaban por la húmeda y prieta arena brillante… El zumbido del motor de la lancha se oía tan cerca que parecía imposible que aún no la viesen. De pronto, Gannon distinguió el bulto negro que se deslizaba sobre las aguas y sonrió secamente: la habían pintado de negro. Claro. Bien, dentro de pocos segundos, la lancha variaría en la orilla, y entonces, sin duda, sería el momento en que el inspector Morgan y sus compañeros de Honolulú elegirían para intervenir…

Quiso detenerse donde llegaba mansamente el agua de las olas,

pero notó en la espalda el duro contacto.

—Sigue caminando, amor —oyó el susurro de Mai Li—. Sin detenerte para nada, sin volver la cabeza… Elige entre meterte en el agua o recibir unas cuantas balas en la espalda.

Sidney Gannon notó un intenso escalofrío en la espalda. Se dio cuenta de que, a su lado, también Wong Li le estaba apuntando con una pistola, sin alterarse, mirándolo fijamente.

—Suba a la lancha inmediatamente, Gannon, o lo mataremos aquí mismo. ¿Está claro?

—Pero ¿qué…?

—Calle y obedezca… o muera.

El motor de la lancha se había parado ya y la embarcación estaba llegando a ellos por el impulso anterior y por el de las olas. Gannon distinguió dos sombras en la pequeña cubierta. Dos hombres… Dos chinos, naturalmente procedentes de su submarino…

Optó por obedecer, sensatamente. Caer muerto por la espalda no iba a favorecer a nadie. Y menos que a nadie, a él. La lancha llegó, flotando con escaso balanceo y Mai Li saltó ágilmente a bordo, comenzando a hablar excitadamente en chino. Los dos chinos que iban en la lancha lanzaron una exclamación, y uno de ellos se abalanzó a poner de nuevo en marcha el motor, que rugió en el acto.

—¡De prisa! —le amenazó Mai Li—. ¡Sube!

Gannon subió a bordo, chorreando, mojado hasta la cintura, y miró hacia la playa, mientras Wong Li, sin perderle de vista, subía también a la lancha, que partió con poderoso rugido mar adentro.

Una seca sonrisa apareció en los labios de Sidney Gannon al ver aparecer, procedentes de la línea de palmeras, a los desconcertados hombres de Wong Li, corriendo hacia la playa, gritando… De pronto, los vio detenerse en seco, volverse… En la playa, en muchos puntos, comenzaron a verse los rojos fogonazos de los disparos. Uno de los hombres echó a correr como si quisiera alcanzar la lancha y lo vieron detenerse en seco, curvarse hacia atrás y caer finalmente de bruces sobré las pequeñas olas.

—Sus amigos, Gannon —dijo inexpresivamente Wong Li—. ¿No es cierto?

—Es cierto, en efecto, Wong.

—No se mueva en absoluto —Wong Li le quitó la pistola y la tiró al mar—. De manera que es usted uno de esos hábiles y valientes sujetos del FBI que no vacilan en meterse en la boca del lobo.

—Soy especialista en cosas así.

—Pues esta vez, la cosa no va a terminar bien para usted… Sus amigos han debido intervenir antes.

—No podían… ni debían hacerlo. Han hecho lo que debían, eso es todo. Si hubiesen atacado antes, la lancha no habría llegado a la playa. Y comprenda que queríamos apoderarnos de la lancha para ver quién llegaba en ella y quedarnos con las drogas.

—Pues esa astuta espera por parte de sus compañeros, le va a costar a usted la vida.

—No siempre se gana… —aceptó fríamente Gannon—. Ustedes han sospechado algo, han sido más listos que yo esta vez… Pues que les aproveche. De todos modos, me pase lo que me pase a mí, he cumplido mi trabajo, Wong. He destrozado su organización.

—Y nosotros te destrozamos a ti —jadeó Mai Li—. Quería matarte en la playa, antes de escapar, pero lo pensé mejor… Para ti no es suficiente la muerte, Sidney Gannon. Llegarás con nosotros al submarino y allí te demostraré mi otra faceta de mujer china. Te sacaré los ojos, te arrancaré la lengua, te…

—No te canses, Flor de Almendro, imagino el resto. Y para que quedes bien informada, te diré que desde hace unos días solamente pienso en una chica maravillosa que no tiene nada que ver contigo. En cuanto a ti, prefiero tus torturas que tu amor… Me darán menos asco, al menos.

Mai Li lanzó un chillido y se abalanzó contra Sidney Gannon como una fiera, golpeándole con la pistola en la frente. Gannon lanzó un resoplido de dolor, retuvo con una mano a Mai Li y con la otra intentó asirla por la garganta. Pero la pistola de Wong Li golpeó duramente aquella mano y el hombre de la celda 3113 lanzó un alarido, mientras Wong gritaba:

—¡Apártate de él, Mai! ¡Éste no es el momento!

Mai Li obedeció prestamente a su padre y sus hermosos ojos rebosantes de odio quedaron fijos en el
g-man,
que había colocado su golpeada mano bajo el sobaco opuesto…,

mientras de su frente brotaba un hilillo de sangre, deslizándose hacia la sien y la ceja…

Parecía que la chinita iba a decir algo, pero, justo entonces, el chino que gobernaba la lancha comenzó a hablar excitadamente en su idioma, señalando hacia el sur. Todos miraron hacia allí, al tiempo que se daban cuenta de que hacía unos segundos estaban oyendo el rugir de unos motores más potentes que el de la pequeña lancha.

La otra lancha, más grande y veloz, blanca, pareció brotar del fondo del mar, navegando a toda velocidad hacia ellos en línea convergente. Wong Li, primero sorprendido, pareció presa de pronto de una gran alegría y comenzó a hablar con el otro chino. Sus palabras sorprendieron a Mai Li, que desvió la mirada hacia la otra lancha.

Y Sidney Gannon desapareció de escena.

Cuando Mai Li se dio cuenta de su fallo y disparó, el agente especial del FBI ya no estaba allí, ante ella en la lancha; se había impulsado hacia atrás con gran velocidad, distendiendo con fuerza las piernas, y en acrobático, arriesgadísimo salto de espaldas, giró sobre sí mismo y desapareció bajo las aguas.

—¡Volved! —gritó Mai Li—. ¡Volved, quiero matarle, quiero matar a ese…!

Estaba fuera de sí, de modo que Wong tuvo que sacudirla por los brazos fuertemente para que ella le prestase atención.

—¡No importa, Mai, déjalo! Ocupémonos de escapar solamente. Mira, ésa es la lancha de Nanakuli, mucho más veloz que ésta, así que llegaremos antes adonde espera el submarino… Y si alguien nos ataca podremos defendernos, porque hay ahí armas para ello.

—¡Quiero matarlo!

—Ya no puede ser. Además, con ese salto, se habrá roto la espalda al caer al agua, o en el aire. Ya debe estar muerto. Preparémonos para pasar a la otra lancha. Seguramente deben ser Abigail y…

Wong Li quedó estupefacto un instante. Un instante brevísimo, porque ya no tuvo tiempo de más. Casi simultáneamente con su visión del fogonazo que había brotado de la otra lancha, el mundo estalló sobre él, en su entorno… La lancha cargada con las drogas, con dos chinos, Mai Li y Wong Li jamás volvería al submarino;

reventó en formidable y rojo estallido, alzando una tromba de agua y fuego que lanzó lejos los destrozados cuerpos de sus ocupantes.

CAPÍTULO IX

Mientras duró el resplandor de la explosión, pareció que el rostro del inspector Morgan fuese de saludable color rosado, pero, al terminar, destacó palidísimo.

—¡Dios…! ¡Ha muerto!

A su lado, el *g-man* Coleman se pasó la lengua por los labios, antes de poder musitar:

—Lástima… Zurraba como nadie, señor.

Gurley se acercó a ellos, y también se quedó mirando las pequeñas llamas sobre el agua, que indicaban los puntos donde se iban hundiendo los restos de la lancha en la cual, por sorpresa, se les habían llevado a Sidney Gannon, el compañero enviado desde San Francisco para tomar la parte más peligrosa en aquel trabajo. Luego, sombríos, los tres miraron la otra lancha blanca que se alejaba velocísimamente hacia el sur.

—Si hubiésemos sabido el lugar, tendríamos aquí alguna lancha nosotros y podríamos perseguir a ésa… —susurró Morgan—. Pero ya jamás la alcanzaremos. ¿Cómo va todo, Gurley?

—Stewart está malherido, señor. Pat ha ido a Kawailoa a buscar una barca o lancha para transportarlo. Los demás, pequeñas heridas. Ellos han tenido cinco bajas; los otros tres están bien.

—Sí… Bien, tendremos que esperar a que se lleven a Stewart… Además, ¿qué otra cosa podríamos hacer?

—Ir a detener a Abigail Fowler, señor.

—Ella está segura en la quinta, bien vigilada…

Se acercó al grupo de cadáveres, reunidos allí por los hombres del FBI, que ahora custodiaban atentamente a los tres supervivientes del grupo de Wong Li, esposados y tendidos sobre la arena, boca abajo. Un poco más allá, atendido por dos de sus compañeros, el herido

g-man
Stewart permanecía inmóvil, silencioso, destacando su palidísimo rostro. Morgan se acuclilló junto a él y estuvo unos segundos mirando los cerrados párpados del federal.

—¿Cómo va? —susurró.

El agente del FBI que apretaba la herida abdominal de Stewart directamente con la mano, vaciló un instante.

—La hemorragia ha cesado… Si no se reanuda, creo que no morirá, señor. Así lo espero…

Así lo esperaba… Así lo esperaban todos. Morgan se incorporó, se alejó unos pasos y se volvió hacia el mar, encendiendo un cigarrillo. Ya no se veía señal alguna de la lancha agresora, ni menos aún, de la que había volado envuelta en fuego. La pregunta tenía que latir inevitablemente en el cerebro del inspector del FBI. ¿Quién ocupaba la lancha grande y por qué había disparado una granada incendiaria contra la otra? ¿Quién podría?

—¡Oeeeeee…! —Oyó de pronto—. ¡Oeeeeee…!

Antes de que pudiese salir de su estupefacción, Coleman llegó corriendo junto a él, excitado.

—¿Ha oído eso, señor? ¡Viene del mar!

—Sí… Pero no sé qué es… Parece…

—¡Oeeeee…! —Oyeron de nuevo—. ¡Oeeeee…!

—Gurley, White, venid conmigo —llamó Coleman—. De prisa.

Echó a correr mar adentro, saltando pesadamente sobre las diminutas olas alargadas, había muy poco fondo allí, pero el suficiente para frenar la velocidad que el
g-man
hubiese deseado imprimir a su carrera. Tras él, corrían White y Gurley, con idéntica agilidad, mientras el inspector Morgan, pese a sus buenos deseos, tuvo que resignarse a una marcha adecuada a su edad… Cuando el agua comenzaba a llegarle a la cintura, los tres
g-men
regresaban ya hacia la playa, remolcando al derrengado Sidney Gannon, sujetándolo por los sobacos, convertido en la viva estampa del agotamiento físico.

—¡Gannon! —gritó alegremente Morgan, adelantándose dispuesto a ayudar, aunque sólo fuese sujetándole por una mano—. ¿Está bien? ¿Está herido? ¿Está…?

El
g-man
alzó la chorreante cabeza y sus dientes brillaron en desfallecida sonrisa.

—Ca… racoles, señor —jadeó—. Estaría mejor… si usted no tocase… mis dedos rotos…

En Kawailoa Beach, el
g-man
Pat consiguió una lancha aceptable para trasladar a su herido compañero Stewart a Honolulú, convencidos todos de que el viaje le resultaría mucho menos penoso por mar que por tierra. En la misma lancha, partieron los cinco cadáveres y los tres supervivientes del grupo de Wong Li, junto con los
g-men
necesarios para controlar la situación en caso de algún intento descabellado por parte de los prisioneros.

En la playa quedaron White, Gurley, Coleman y Gannon.

El inspector se acercó al grupo que formaban, tras convencerse de que la lancha partía en condiciones adecuadas.

—Nosotros volveremos con los coches —dijo—. Tenemos una buena caminata hasta donde los escondimos. Tú llevarás uno, White; Gurley, otro. Coleman, Gannon y yo iremos en el último.

—Tengo una mala noticia para usted, señor —dijo Gannon.

—¿Qué noticia? —se alarmó Morgan.

—Creo que ya no funciona el emisor de señales del tacón de mi zapato.

Morgan quedó estupefacto, pero sonrió cuando los otros
g-men
soltaron unas risitas.

—En marcha —dijo.

—He estado pensando en este rato, señor —dijo Gannon, colocándose junto a él—. Esa lancha debía conducirla Abigail Fowler.

—Imposible.

—¿Por qué? ¿Porque tenemos allá un par de compañeros vigilando la quinta? ¿O acaso hay más?

—Sólo dos. Naturalmente, consideré que el grueso debíamos seguir a Wong Li y a su hija. Para vigilar a una muchacha no hace

falta un ejército, Gannon.

—No, señor. Pero le diré algo: yo entré ayer en la quinta de Wong Li saltando las verjas, por un lugar estupendo. Y si yo entré, ella ha podido salir.

—¿Y ha venido a matar a Wong Li y Mai Li?

—Sí, señor; eso es evidente… ¿O no?

Morgan asintió con la cabeza, ceñudo.

—Desde luego, no podemos pensar otra cosa. Quienquiera que fuese en esa lancha, quería matar a los Li. Pero no podemos estar seguros de que haya sido Abigail Fowler. Además, pronto sabremos si ella ha salido o no.

—Ha tenido tiempo de venir aquí y regresar entrando de nuevo en la quinta sin que la vean nuestros compañeros. Mire, cuando llegué con Wong Li a la cascada, ya tenía allí un mensaje esperándole. Un mensaje en clave, que no pude entender. Wong Li y su hija dijeron que era de ella, diciendo que todo iba bien, pero, por supuesto, mintieron. Abigail Fowler debe saber que está vigilada y les dice que la situación es peligrosa, que escapen. Luego, se escapa de la quinta, va en busca de esa lancha que debía tener escondida en algún sitio, y viene hacia aquí, sabiendo que los Li se las arreglarán para escapar con la lancha de los chinos, y los espera en el mar… Cuando la lancha aparece, los mata. Y ahora quizá esté ya de nuevo en su casa. Cuando la acusemos, dirá que estamos locos… ¿Y cómo podremos probar nosotros que ella…?

—Tenemos al capitán Wesley Koster; él atestiguará que ella se dedicaba a sonsacarle cosas. Además, encontraremos la radio…

—Ella siempre diría que no sabe nada de nada, señor. Por eso ha querido silenciar a los Li.

—Bien… No sé, Gannon. De todos modos, le diré una cosa; si yo no soy capaz de conseguir que esa joven confiese todo lo que sabe, presentaré mi dimisión. Ella hablará.

Pues no.

Abigail Fowler no dijo ni una sola palabra.

Claro, que no podía exigírsele por ello la dimisión al inspector Morgan, ya que ni él ni nadie podía ser capaz de hacer hablar a un muerto.

Encontraron, a Abigail Fowler tendida en el suelo de un pequeño sótano de la quinta, donde estaba la emisora. Tenía tres balazos en

el pecho, los ojos desorbitadamente abiertos, igual que la boquita, expresando una aterrada sorpresa.

Y estaba tan fría que Gannon, apenas tocar una de sus manos, murmuró sombríamente:

—Por lo menos hace tres o cuatro horas que la han matado. Pero entonces…, si ella no envió el mensaje, ¿quién lo hizo? Si ella no utilizó la lancha…, ¿quién lo hizo, quién disparó contra Wong Li?

Morgan encogió los hombros y se volvió para mirar ceñudamente a los dos agentes del FBI que habían quedado encargados de vigilar la quinta. Una quinta en la que no sólo habían quedado con ella. Habían encontrado a uno muerto en la cocina y a otro en el vestíbulo.

Al verse mirados por su jefe, los dos g-men tragaron saliva. Gannon se dio cuenta de ello y se incorporó, apresurándose a hablar antes de que Morgan pronunciase las inevitables agrias palabras de censura.

—Opino que pasó como le dije, señor —recordó.

—¿Qué?

—Me equivoqué en lo de que había sido la chica quien disparó desde aquella lancha, pero no en la explicación general. Quiero decir que insisto en que se podía entrar y salir de la quinta sin ser visto.

—¿Quiere explicarse con más claridad? —Gruñó Morgan.

—Sí, señor… Veamos; alguien vino aquí, mató a Abigail Fowler y a los criados, y envió a Wong Li el mensaje. Muerta Abigail, sólo los Li podían acusarle de tomar parte en este asunto, de modo que los avisó para que escapasen con la lancha. Entonces, fue adonde tenían la otra, navegó hasta el otro lado de la isla y esperó. Cuando llegó el momento disparó aquella granada. Así, muertos los Li y Abigail, esa persona no tiene nada que temer.

—Entonces, usted insiste en que ese cuarto personaje existe.

—Ya le dije, señor, que Wong Li me habló de esa persona.

—Pudo mentirle, Gannon.

—Sí, señor; pudo hacerlo, si ya desconfiaban de mí y aun antes de recibir el mensaje pensaban matarme. Pero ahora ya no podemos dudar de la existencia de ese cuarto personaje. Existe… Esa persona que… asesoraba a Wong Li sobre la introducción de drogas entre

todo el personal militar de las Hawai, existe, señor. Y tiene que ser alguien muy bien introducido en el ambiente militar. Alguien que sepa muchas cosas del Ejército y la Marina, la fuerza Aérea… Si asesoraba a Wong Li, tiene que ser así.

—Bien… Sí, seguramente. Pero… ¿quién es?

—Podríamos preguntarle a… Wesley Koster, señor.

—¿Al capitán Wesley Koster? ¡Vamos, Gannon! Ese muchacho está loco por Abigail Fowler. ¿Sugiere que él ha podido hacer todo esto? ¿Venir aquí, matar a la muchacha y a dos criados, tomar una lancha bien armada, navegar al otro lado de la isla, disparar contra los Li, regresar?

—A menos que esté de servicio, señor. Y pueda probarlo.

—No —dijo Coleman—. Él terminó el servicio a las seis de esa tarde, recuerdo que lo dijo.

—Ha tenido tiempo —musitó Gannon—. Él conoce bien la quinta, y si es nuestro hombre, por supuesto que sabía lo de la emisora, las claves que utilizaban… Todo.

—Bueno…

—El capitán Koster dijo que cuando terminaba un día de servicio se iba a descansar a su apartamento —añadió Coleman—. Y que se quedaba allí hasta el día siguiente. Podríamos ir a ver si está, señor.

—Claro que estará —gruñó Gannon—. Ha tenido tiempo de todo.

—Entonces, ¿cómo podríamos probar que él…?

—Yo tengo un plan —aseguró Sidney Gannon.

—Un buen plan para usted, Gannon, sería ir a que le enyesen por fin esos dos dedos rotos.

—Por el momento estoy bien con este vendaje, señor. Bien…, ¿qué dice? ¿Probamos, señor?

—Probaremos —aceptó—. Llamaré al coronel Wilcox para que nos diga dónde está el apartamento de Wesley Koster; si no lo sabe, podrá enterarse más pronto que nosotros.

CAPÍTULO X

Wesley Koster apareció en el umbral de la puerta de su apartamiento en pijama, descalzo y con cara de sueño matizada por un lógico mal humor, que se disponía a exteriorizar verbalmente. Pero, al ver a sus visitantes, su boca quedó abierta, sus ojos se abrieron mucho…

—Coronel —exclamó—. ¿Qué ocurre?

Wilcox sonrió desganadamente.

—¿Podemos pasar, capitán?

—Sí…, ¡naturalmente! Bueno, pero…, ¿qué hora es?

—Las dos y media de la madrugada.

Koster quedó de nuevo estupefacto. Wilcox había entrado y tras él lo hicieron Morgan, Gurley, Coleman y Sidney Gannon, que fue quien cerró la puerta, mirando fijamente a Koster.

—Las dos y media de la… —pudo murmurar por fin Koster—. ¿Qué pasa?

—Temo que tenemos una mala noticia para usted, capitán Koster —dijo el inspector Morgan.

—¿Qué mala noticia? —Palideció Wesley.

—Bien… Bueno…, realmente…

—Han disparado contra la señorita Fowler —dijo abruptamente Sidney Gannon.

Pareció que Wesley Koster recibía un mazazo en plena cabeza.

—Dios… ¡La han matado! ¡Ese asunto de…!

—Tranquilícese, hombre… —Se adelantó Gannon, para palmearle un hombro con la mano sana—. Nadie ha dicho que esté muerta.

—Pe… pero… si han…

—Le han metido nada menos que tres balas en el pecho, eso es cierto. Pero ella no ha muerto.

—¿Está viva? —Lo miró vivamente Koster.

—Ya le digo que sí. Cálmese… Mire, alguien relacionado con el asunto que ya le explicaron a usted el coronel Wilcox y mi jefe, estuvo en la casa, mató a dos criados, y por supuesto, quiso matar también a la señorita Fowler, pero, milagrosamente, no lo consiguió. Y estamos seguros de que se salvará, ya que está fuera de peligro. Gracias a uno de mis compañeros.

—¿A quién?

—Uno de los dos hombres que coloqué vigilando la quinta —explicó Morgan— creyó ver a alguien hacia el fondo del jardín, pero cuando llegó a aquella parte por el lado exterior de las rejas, no vio a nadie. De todos modos, eso le preocupó, y fue a comentarlo con su compañero de turno. Los dos decidieron correr el riesgo de entrar en la casa… Y eso salvó la vida de la señorita Fowler… Aunque… —se apresuró a añadir sombríamente— cuando esté restablecida tendrá que ser juzgada, capitán, ya no hay duda de que ella intervenía en el asunto en cuestión.

—¿Por qué?

—La encontramos tendida en el suelo junto a una emisora. Y por otras muchas cosas sucedidas esta noche bajo la intervención directa de Sidney Gannon, sabemos que ella es culpable.

—Culpable… Por Dios ¡Ustedes debieron avisarme antes de todo esto! —exclamó de pronto.

—Estuvimos muy ocupados, capitán. No hace mucho que hemos regresado a Honolulú, y claro está, mientras duró mi ausencia, mis hombres no tomaron iniciativa alguna al respecto. Finalmente, recurrimos al coronel Wilcox para que nos dijera dónde podíamos encontrarle y ha sido tan amable de acompañarnos. Pensamos que quizá usted quiera estar con la señorita Fowler.

—Sí… Sí, desde luego… Voy a vestirme.

—Muy bien. Iremos con usted al hospital.

—No es necesario.

—Lo hacemos con gusto —aseguró Gannon y alzó su mano vendada—. Además, tengo dos dedos rotos y una visita al hospital me conviene en lo personal.

—Ya… Sí, está bien… Un momento.

Vaciló, como aturdido. Luego entró en el dormitorio…, dejando a los cinco hombres mirándose entre sí, expectantes.

—Si es él… —susurró Coleman—, querrá escapar por la

ventana.

—Pues se llevará una buena sorpresa —susurró también Gurley.

—Esto es una locura —susurró el coronel Wilcox—. Ese muchacho no tiene nada que ver, inspector. Tiene una hoja de servicios…

¡*Pack*!, restalló secamente el disparo en el dormitorio.

Los cinco hombres respingaron sobresaltados y tras un brevísimo instante de indecisión, corrieron todos a la vez hacia el dormitorio.

Allí, todavía en pijama, estaba Wesley Koster, tendido en el suelo boca arriba. En su mano derecha se veía la pistola. En su sien del mismo lado, la espeluznante marca del disparo.

El coronel Wilcox fue el único que no supo reaccionar. Coleman se dirigió hacia el teléfono, Gurley fue a comprobar, por supuesto innecesariamente, que Wesley Koster estaba muerto; Gannon fue hacia la ventana para hacer señas a los dos agentes del FBI que esperaban abajo, escondidos, la posible fuga de Koster si éste era culpable, y luego regresó ante Wilcox, al cual Morgan miraba con preocupada simpatía, diciendo seguidamente:

—Lo lamento, coronel. Pero supongo que ha comprendido la verdad: ni siquiera ha tenido valor para afrontar sus culpas.

Wilcox asintió desfallecidamente con la cabeza.

—Dios… Era un traidor. Era un traidor a su patria… Y ha añadido el suicidio, la cobardía, a la traición… Va a ser un duro golpe para todos, para la U.
S. Navy
en especial…

—Por lo que respecta a nosotros… —murmuró Morgan— podemos decirle que lamentamos mucho el accidente del capitán Koster.

—¿Accidente? —Le miró Wilcox.

—Le pasa a cualquiera, coronel; uno se pone a limpiar su pistola, se distrae, se le dispara… Creo que ha sido un desdichado accidente. ¿Le parece bien así?

—Les agradezco mucho que… que…

—No hay de qué —murmuró Morgan—. A fin de cuentas, sólo se trata de beneficiar la moral de quienes permanecen leales a su patria, a los suyos. Intentaremos también dar un cariz adecuado al asesinato de Abigail Fowler… Los inocentes, los leales, no tienen

por qué sufrir enterándose de estas cosas, coronel. Este tipo de actividades de algunos norteamericanos sólo sirve para desmoralizar a la gran masa honrada… ¿Qué ganaríamos con ello? Sería como… como…

—Como tirar piedras sobre el propio tejado —gruñó el hombre de la celda 3113 del Penal de Alcatraz.

ESTE ES EL FINAL

—¿A las cinco entonces? —preguntó Sally.

—Sí, de acuerdo —asintió Eileen Sherman—. Llámame a esa hora.

Salió del taxi, en el cual Sally siguió hacia su domicilio. Eileen entró en el portal y subió a su apartamento en el 1400 de Maunaloa.

Entró, cerró la puerta, se dirigió al baño, se duchó y suspiró profundamente aliviada. Cuando el agua le refrescó, le produjo aquella sensación de bienestar.

—¿Le pones algo al Martini? —preguntó tranquilamente Sidney Gannon.

—Que… ¿qué…?

—Que si le pones algo al Martini: limón, ginebra, ron… ¡Yo qué sé!

—¿Qué… qué hace usted aquí? ¡Salga inmediatamente! ¿Cómo ha entrado? ¡Voy a avisar a la policía ahora mismo!

—¿Te da lo mismo al FBI?

—¿El… el…?

—El FBI —Gannon sacó su placa y la mostró a la muchacha—. Sidney Gannon, agente especial del FBI en la delegación de San Francisco, destinado en misión especial a las Hawai. Por supuesto, ni soy un gángster ni he estado jamás en ninguna celda. Lo que pasa es que, aunque me enamoré de ti en cuanto te vi, no podía atender en aquel momento tan importante asunto, por varios motivos; de ninguna manera quería que te viesen conmigo, y además, iba a estar muy ocupado, de verdad. Pero me gustas un horror, y me he pasado estos días pensando en ti, como un tonto. Naturalmente, sé que yo también te gusto a ti, así que, por ese lado, la conversación ha terminado.

—Pe… pero…

—Oh, bueno, en realidad falta un pequeño detalle. Verás… Me dieron un porrazo que me rompió dos dedos, ¿ves? Así que tengo tres semanas de vacaciones pagadas por el FBI. En Honolulú, naturalmente. Y me dije que era la ocasión de llevarte a una cascada muy romántica, donde podremos nadar, besarnos, tomar el sol… Cosas así. También haremos excursiones por toda la isla, ya que no la conozco bien… Y pescaremos. Y, sobre todo, tenemos que ir a algún *luau* de ésos donde salen chicas guapísimas moviendo las caderas, se come estupendamente, y uno se siente tranquilo y feliz… ¿Sabes de algún sitio donde den *luaus* de ésos?

—Yo… Sí, sí…

—Okay! Ah, otra cosa, para hacer todo eso, antes, nos casamos. Yo soy persona de intachable moral, jovencita… Y ¿qué hacemos con el Martini?

—¿Con el Martini?

—Sí, mujer. ¿Qué le ponemos? Mientras tú terminas de ducharte, yo me ocupo de eso. Los estaba preparando en la cocina, cuando te oí llegar. Bien, ¿con qué te gusta el Martini?

Eileen Sherman sonrió de pronto muy dulcemente.

—Con amor… —susurró—. Con mucho amor.

—Caracoles —sonrió el tipo de cara de gángster—. Precisamente, de eso tengo en abundancia.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA

BUENAS NOCHES...



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Precio en España: 25 ptas.

Impreso en España